

La primera principalía de la Iliada

RAPSODIA V: PRINCIPALIA DE DIOMEDES

Está Homero cantando la primera batalla campal de la primera Guerra Mundial y estamos aprendiendo su método. Hemos visto el primer cuadro compuesto a base de descripciones generales y casos particulares del primer choque de ejércitos. Ahora va a destacar a primera línea a un guerrero cumbre, y a su alrededor va a girar la batalla en todo este canto: es el método de las principalías, que veremos repetirse varias veces a través de la Iliada. Tiene la ventaja de centrar toda una gran fase de la guerra alrededor de una persona, dándole un interés y unidad que de otra manera no tendría, de romper así la monotonía del relato y de ir preparando la apoteosis del héroe de la Iliada, ya que estos héroes de las principalías son otros tantos peldaños de la gran escalinata sobre que ha de coronarse Aquiles. Ellos ocupan este puesto privilegiado porque falta Aquiles —son sus suplentes—, ellos a pesar de sus hazañas tienen que desaparecer sin poder contener la derrota... Sólo Aquiles traerá la victoria sobre el fracaso total. ¿No es ésta una manera bien grandiosa y artística de construir la apoteosis de Aquiles?

El primer peldaño es Diomedes. Hábilmente el poeta le dejó para el fin al presentar la revista y las arengas de los jefes como un timbre de su próxima actuación. Hábilmente le caracterizó el poeta al presentarle joven como Aquiles y modesto y humilde más que Aquiles. Su figura es simpática y su juventud pone primavera en el poema...

¿Cómo construye la principalía? Por ascensos, por crescendos. Primero la presentación épica del héroe: «Entonces a su vez al Tidida Diomedes Palas Atenea dio valor y bríos, para que sobresaliese entre todos los Argivos y adquiriese ilustre gloria. Encendióle por su casco y escudo un fuego incansable, parecido a la estrella del estío, que con más brillo luce, cuando ya se lavó en el océano: tal le encendía el fuego por cabeza y hombros». Tras esta presentación del héroe idealizada por el nimbo de luz, viene su actuación guerrera, que para ser artística tendrá que estar organizada en crescendo. Su progresión irá así: antes de la herida del héroe, después de la herida, antes de luchar con los dioses, en la lucha con los inmortales.

ANTES DE LA HERIDA DEL HEROE

El poeta empieza de menos a más. Por eso en esta primera sección sólo pone una actuación del héroe como tipo, y luego echa una mirada al frente general de guerra, del cual la principalía no es más que una parte. La escena tipo es así:

1. *Presentación del héroe.*

«Y la diosa le empujó al medio, donde los más se agolpaban. Había entre los troyanos un tal Dares, rico, sin tacha, sacerdote de Efesto: dos hijos tenía. Fegeo e Ideo, sabedores de toda batalla. Ambos le salieron de frente, cogiéndole solo. Ellos a caballo, él a pie atacaba en el suelo. Y cuando ya estaban cerca en el avance mutuo, Fegeo le arroja el primero la lanza de sombra tan larga, y sobre el hombro derecho del Tidida pasó la punta del asta, mas no le hirió. Este —el segundo— ataca con el bronce, el Tidida. Y su jabalina no salió en vano de su mano, sino que le dio en el pecho entre las tetillas y le tiró de los caballos. Ideo entonces saltó, dejando su hermoso carro, ni se atrevió a proteger al hermano matado: porque ni él hubiera evitado la parca negra, mas Efesto le sacó, y salió con la noche tapándole, para que no se quedase el viejo sumido en la más honda pena. Los caballos se llevó el hijo de Tideo magnánimo

y se los dio a los compañeros para que los condujesen a las cóncavas naves. Cuando los magnánimos troyanos vieron a los hijos de Dares, al uno escapado y al otro matado junto al carro, a todos se les conturbó el ánimo. Pero la de ojos brillantes, Atenas, por la mano cogiéndole le habló estas palabras al trómbido Ares: Ares, Ares, mata-hombres, salpica-sangre, arruina-muros, ¿no dejaremos ya a los Troyanos y Aqueos que luchen —dé a quien dé el padre Zeus la gloria— y no nos retiraremos nosotros evitando la ira de Zeus? Así diciendo de la lucha sacó al trómbido Ares. Y le sentó después en el playoso Escamandro».



Es la primera intervención de Diomedes. En el torbellino del centro de batalla se encuentra con dos hermanos: al uno lo mata y el otro se escapa abandonando el carro. Le salva Efestos para que no sufra demasiado su anciano padre... Es un cuadrillo patético con el recuerdo del padre y el contraste de los dos hermanos, con una maravillosa talla y corte de verso. Pero como primera intervención, es breve y sencilla. El poeta se preocupa enseguida de preparar el crescendo. Lo consigue con el brevecito diálogo entre Atenas y Ares en que la diosa aconseja al dios retirarse del campo y dejar que triunfe el que Zeus quiera, para librarse de su ira... En el verso 439 del libro IV había dicho el poeta que a los unos los guiaba Ares y a los otros Palas Atenea. Ahora los dos dioses convienen en retirarse a las riberas del Escamandro, preparando así el hilo del crescendo próximo.

2. *Entronque con el frente general.*

Tras esta pequeña actuación de Diomedes, echa el poeta una mirada al frente general, para dar la impresión del conjunto del frente. El recurso abarca una enumeración de la actuación de seis jefes en sendos cuadrillos. Al principio y al fin una frase de soldadura general:

«A los troyanos les hicieron retroceder los dánaos: y cada uno de los caudillos mató a un hombre. El primero el rey de hombres Agamenón tiró del carro al jefe de los halizones, el

gran Odión: porque tan pronto como se volvió, le clavó en la espalda la lanza, entre los hombros, y se la atravesó por el pecho. Dio un golpe al caer y retumbaron las armas sobre él. Idomeneo a su vez mató a Festo, hijo de Boro el Meonio, que había venido de Tarne la terronera. A éste, sí, Idomeneo famosa-lanza con la larga pica le clavó, según que subía al carro, por el hombro derecho: cayóse del carro, y estremecedora —cómo no— oscuridad le cogió. Y le empezaron a despojar —cómo no— los criados de Idomeneo. Al hijo de Estroffio, a Escamandrio, diestro en la caza, le alcanzó Menelao el Atrida con pica aguzada, al buen cazador: como que Artemis misma le había enseñado a disparar a todas las fieras que alimenta en los montes la selva. Pero no le ayudó, no, entonces Artemis la flechadora, ni las punterías en que antes había triunfado: que Menelao el Atrida famosa-lanza al escaparse delante de él, le hirió en la espalda con la lanza entre los hombros y se la pasó por el pecho. Cayóse de cara, y retumbaron las armas sobre él. Meriones mató a Féreclio, hijo de un armador, el Harmónida, que con sus manos sabía labrar toda clase de cosas curiosas: más que a nadie quería-le Palas Atenea. El también construyóle a Paris Alejandro las naves —simétricas, principia— males, que para todos los troyanos fueron la ruina, y para él mismo, pues los oráculos de los dioses no los sabía... A éste Meriones, cuando ya le alcanzó persiguiéndole, le hirió en la nalga derecha, y a través —de parte a parte— por la vejiga bajo del hueso pasó la punta. De rodillas cayó con un ¡ay! y la muerte envolvióle. A Pedeo a su vez le mató Meges, al hijo de Antenor. El —sí— era bastardo, mas con cuidado crióle la noble Teano, al igual que a sus hijos queridos, por dar gusto a su esposo. Filides lanza-famoso poniéndose cerca le hirió en la cabeza junto a la nuca con aguda lanza: y, por delante, por entre los dientes, cortóle la lengua por debajo el bronce. Cayó en el polvo, y el frío bronce mordió con los dientes. Eurípilo el Evemónida al gran Hipsenor, hijo del magnánimo Dolopión, que —cómo no— del Escamandro había sido sacerdote nombrado y como un dios era honrado en el pueblo: a éste, sí, Eurípilo, de Evemón hijo ilustre, ante sí cuando huía, en plena marcha le hirió en el hombro con la espada brincando, y cortóle la mano pesada. Sangrando se le cayó la mano en el

suelo: y los ojos le cerró la lóbrega muerte y el hado potente. Así éstos se afanaban por la tremenda batalla... Pero el Tidida». Es la soldadura de la visión del frente total con el héroe de la principalía.

*
**

¿Cómo está compuesta esta visión? Con la enumeración de la acción de seis jefes: Agamenón, Idomeneo, Menelao, Meriones, Meges y Eurípilo. Acción rápida, de desfile, en que cada jefe griego mata a un troyano. «Y los dánaos hicieron retroceder a los troyanos: cada jefe mató a un guerrero»... El procedimiento es pues idéntico. ¿Será idéntica también la manera? Seis veces repetida sería insoportable, monótona. ¿Cómo Homero varía la manera? *Primero* por el lugar de la herida: Agamenón hiere a Odio en la espalda, Idomeneo a Festo en el hombro derecho, Menelao a Escamandrió en la espalda también como su hermano, Meriones a Féreolo en la nalga, Meges a Pedeo en la nuca, Eurípilo a Hipsenor en la mano. *Segundo*, en la matización de la herida: Agamenón le clava la lanza en la espalda, por entre los hombros, y se la saca por el pecho; Idomeneo le hiere con la pica en el hombro derecho —sin matización—; Menelao le atraviesa la espalda por entre los hombros y se la saca también por el pecho —como su hermano— y aun con el mismo verso; Meriones le hiere en la nalga derecha y atravesándole hasta la otra parte, por la vejiga bajo del hueso salió la punta; Meges le hirió en la cabeza junto a la nuca, cortándole el bronce la lengua por debajo al salir por delante por entre los dientes; Eurípilo le cortó la mano, que cayó sangrando en tierra. *Tercero* por el momento de la herida: Agamenón es cuando el otro se vuelve para huir en el carro, Idomeneo cuando está subiéndose al carro, Menelao cuando huye el otro ante sí, Meriones cuando le alcanza en la huida, Meges cuando se le acerca, Eurípilo cuando huye también ante sí, como Menelao. *Cuarto*, en las armas no hay mucha variedad, porque los cinco primeros son con lanza y el sexto sólo con espada. *Quinto*, donde más variedad hay es en la caracterización ambiental de los muertos: el de Agamenón es el gran Odio, jefe de los halizones; el de Idomeneo es

Festo «que había venido de Tarnes la terronera»; el de Menelao es Escamandrio «diestro en la caza, buen cazador, como que la misma Artemis le habían enseñado a disparar contra todas las fieras que cría en los montes la selva. Pero entonces no le aprovechó Artemis la flechadora ni la puntería en que antes triunfaba»; el de Meriones es Fére clo «que sabía hacer con sus manos toda clase de obras curiosas, porque más que a ninguno le amaba Palas Atenea». El fue el que a Alejandro construyó las naves simétricas, principia-males que fueron para todos los troyanos la ruina y para él mismo, pues no sabía los oráculos de los dioses»; el de Meges es Pedeo «que era hijo bastardo de Antenor, pero le criaba con cuidado la buena Teano lo mismo que a sus propios hijos, por dar gusto a su padre»; el de Eurípilo es Hipsenor, hijo de Dolopión, que había sido nombrado sacerdote del Escamandro y era honrado como un dios en el pueblo». ¡Cómo refresca la imaginación y la alivia de la pesadez épica con estas salidas al bosque donde caza Escamandrio, al astillero donde arma sus naves funestas Fére clo, al hogar de Teano criando al bastardo, al templo del Escamandro de donde es sacerdote Dolopión! ¡Qué toques de psicología social tan castizos —el buen armador, la esposa ultrabuena—, qué caracterización ambiental comunican a estos cuadros de suyo monótonos!...

3. *Herida del héroe Diomedes y su reacción.*

«Así estos se afanaban por la batalla tremenda. El Tidida no sabrías entre quiénes estaba, si mezclado entre los troyanos o entre los aqueos. Porque arremetía por la llanura como un río crecido de invierno que en rápido curso destroza los puentes —que no hay puentes tan fuertes que le aten ni cercas de huertos frondosos que le contengan al venir de repente cuando aprieta la lluvia de Zeus: cuántas bellas labores de jóvenes quedan por él arrasadas— así por el Tidida se derrumban las densas falanges troyanas, cómo no, ni le aguardan aun siendo muy muchos. Al verle pues de Licaón el hijo glorioso arremetiendo por la llanura, derrumbando ante sí las falanges, al instante tendió contra el Tidida sus doblados arcos y le dio según acometía, alcanzándole junto al hombro derecho, en la plancha de su coraza:

pasó volando la amarga saeta y salió por la parte contraria, y se manchaba de sangre la coraza. A esto gritó grandemente de Licáon el hijo glorioso: Apretad, troyanos magnánimos, picadores de caballos: que ya está herido el mejor de los aqueos: ni creo que ha de aguantar largo tiempo la fuerte saeta, si es cierto que un dios, el hijo de Zeus, me impulsó al venirme de Licia. Así dijo jactándose: pero al Tidida no le postró veloz la saeta sino echó pie atrás, se puso ante el carro y caballos, y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo: corre, mi buen Capaneo, baja del carro para que me saques del hombro la amarga saeta. Así —cómo no— dijo. Esténelo saltó de los caballos a tierra, y poniéndose al lado la saeta veloz le arrancó traspasándole el hombro: y la sangre borbotaba por la plegable túnica. Entonces ya suplicó así Diomedes el buen gritador: Oyeme, hija de Zeus que lleva la égida, indomable: si alguna vez me asististe a mí y a mi padre amorosa en la ardiente guerra, sé propicia conmigo otra vez ahora, Atenas. Y dame el coger a ese hombre y ponerle al alcance de mi lanza, que se adelantó a herirme jactándose de ello, y dice que ya no he de ver largo tiempo la luz brillante del sol. Así dijo suplicando: y oyóle Palas Atenea, e hizo sus miembros ágiles, los pies y las manos arriba: y al lado poniéndose le habló estas aladas palabras: «Animate ahora, Diomedes, para luchar con troyanos, porque en el pecho te he puesto el valor paterno, intrépido, cual lo tenía el blande-escudos caballero Tideo: la niebla también te quité de los ojos que antes había para que distingas bien a un dios lo mismo que a un hombre. Por eso ahora si un dios aquí viene tentándote, no te enfrentes tú con ninguno de los demás dioses inmortales, pero si viene Afrodita a la guerra, hija de Zeus, a esa, si, hiérela con el agudo bronce. Así diciendo se fue ella, Atenas, la de los ojos brillantes. Y el Tidida de nuevo volviéndose se mezcló entre los de primera línea y si antes ansiaba en su ánimo luchar con troyanos, ahora ya le dominaba un valor tres veces mayor»...

La escena de la herida vuelve a centrar la atención del lector sobre el héroe de la principalía. Seis héroes han desfilado en la rápida visión del frente, pero ninguno llega en valor ni en actividad a Diomedes. Este no se sabía con quiénes estaba, si contra los troyanos o con los aqueos: tal se revolvía por la lla-

nura. Y el poeta no se para a describir directamente sus muertes, ya las describió antes con el par de los hijos de Dares, si no acude a la descripción indirecta de la comparación —primera que aplica a Diomedes— para dar la impresión de conjunto de su fuerza arrolladora: «Se revolvía por la llanura como un torrente crecido de invierno que en su corriente veloz rompe los puentes —imposible que le detengan los puentes tan firmes ni las cercas de huertos floridos al venir de repente cuando aprieta la lluvia de Zeus —¡cuántos hermosos trabajos de jóvenes quedan deshechos por el...!— así ante el Tidida cedían las densas falanges troyanas, que no le podían —qué va— aguantar aun siendo ellos tantos». La comparación refrescadora de la imaginación está admirablemente colocada. Los lectores salen por un momento del tema épico a dar un paseo por el campo en tiempo de invierno y ven los destrozos que en los sembrados y huertos hace un torrente desbordado por un aguacero que rompe los puentes. Pero si refresca la imaginación bien, pinta al héroe mejor. ¿Cómo hacer ver mejor el destrozo del héroe que viendo este cuadro de puentes y huertos destrozados por el río? El tercio está pues en el ímpetu y en el destrozo, y a reforzar este tercio vienen todos los detalles. Por eso el torrente es crecido y es en invierno —cuando más crecidos son— y corre veloz, como puede correr en el día de invierno en que más aprieta la lluvia. Con esta velocidad y esta crecida de agua, su empuje es tal que hace trizas los puentes... Y el poeta se complace en hacer sentir la combinación unida del ímpetu y el destrozo. Por eso se detiene: «no hay puentes tan firmes que puedan contenerle ni hay cercas de huertos frondosos que puedan parar su llegar fulminante: cuántos preciosos huertos labrados por jóvenes quedan destrozados bajo su corriente. Así ante el Tidida»...

*
**

Recibida así la impresión del Tidida, pasa en seguida el poeta a preparar el crescendo de la herida. Hay que inyectar nueva vida a la épica, hay que introducir un elemento nuevo.

Es Pándaro el arquero —a quien ya conocemos del canto IV— el que tiene el honor también de herir a Diomedes de lejos. La

amplia descripción del disparo contra Menelao puede ahorrarse ya aquí porque la tenemos todavía presente. La flecha le alcanza asaltando, junto al hombro derecho en la lámina de la coraza: la atraviesa volando y se clava en la parte contraria— ímpetu y puntería. Efecto: manchábase de sangre la coraza. Reacción de Licaón glorioso: «Arremeted, troyanos, que *ya está herido el mejor de los aqueos*». Es la voz de la principalia. «Y creo que no ha de aguantar mucho tiempo con vida la fuerte saeta, si es que de veras me trajo Apolo de Licia». Son timbres de escenas que vendrán. Reacción de Diomedes: Replegarse y pedir a Esténelo su escudero —acercándose al carro— que le sacase la saeta. Este, saltando a tierra y poniéndose al lado, se la saca empujándola para adelante. Efecto: «La sangre borbotaba por la flexible túnica». Entonces el héroe suplica al cielo lo que más tarde ha de cumplirse: «Si alguna vez me ayudaste —¡Atenas!— a mí y a mi padre —el padre y el hijo iban también juntos en la arenga de Agamenón del libro IV— ayúdame también ahora: pon a mi alcance al hombre que me ha herido y ha profetizado mi muerte». Atenas le oye, da agilidad a sus miembros —a los pies, a las manos— y le anima a luchar con ciertas consignas que son timbres de acciones venideras y preparación de futuros crescendos: «Lucha confiado con los troyanos. El valor de tu padre te lo he puesto en el pecho, intrépido, te he quitado la niebla de antes para poder distinguir hombres y dioses. *Si un dios viniera a probarte, no luches con él. A no ser que sea Afrodita, que a esa, sí, hiérela*. Y el Tidida se lanzó a primera línea, porque si antes ansiaba luchar con los troyanos, ahora se había duplicado y triplicado su valor...

Ya está el crescendo preparado. *Dos y tres veces más de coraje que antes*. Y qué bien y qué sencillamente dramatizado: Un arquero especialista que le hiere y se jacta en su triunfo, Diomedes que pide sangrando que le saquen la flecha, Esténelo que se la saca entre borbotones de sangre, Diomedes que suplica alcanzar a ese hombre y Palas Atenea que le cura y aumenta el valor y los bríos. Más, le da *vista para distinguir a los dioses*, aunque con orden de *no luchar con ellos, a no ser que sea Afrodita...* Cuando más tarde se enfrente con Licaón y le mate, recordemos que aquí está el timbre de aquella muerte; cuando más tarde hiera a Afrodita en el campo, no olvidemos que aquí estaba ya la consigna.

Si *antes de la herida* luchaba Diomedes como un torrente que arrollaba puentes y huertos, ahora «como un león a quien —cómo no— un pastor, en el campo guardando sus lanudas ovejas, le rozó al saltar al redil y no le mató: su furia enardece, ni se atreve a auyentarle ya más, sino que se esconde en su casa y el rebaño indefenso se aterra —caen las ovejas a montones unas sobre otras y él, combativo, salta del profundo aprisco—, así de encendido se mezclaba entre los troyanos el fuerte Diomedes». El tercio de la comparación está en el crescendo de la herida: el león al ser herido recrudence su cólera como Diomedes al ser herido y no matado, al ser rasguñado... Y luego la armonización refrescante: cuando salta a un redil en el campo, un redil de lanudas ovejas, el pastor le rasguña y no mata, crece del león la furia, el pastor no se atreve a acosarle, se esconde en su casa, su rebaño amontonándose unas sobre otras quedan tendidas... y el león salta furioso del profundo aprisco... Tan pintoresca descripción tiende a dos fines: a hacer sentir el furor del león herido, como Diomedes, con el terror que infunde y la riza que hace en sus enemigos, como Diomedes... Por eso el poeta completa la comparación con la descripción de cuatro binas de Troyanos que descabeza el héroe. La primera la componen Astínoo e Hipirón: al uno le clavó la lanza sobre la tetilla, al otro le dio un tajo con la enorme espada en la clavícula junto al hombro, y le separó el hombro del cuello y la espalda. Deja a éstos y se va tras Abante y Poliido, hijos de Euridamante, viejo interpretador de los sueños: no les había interpretado los sueños el viejo cuando partieron, pues el fuerte Diomedes los despojó... Fue tras Janto y Toón, hijos de Fénope, ambos tiernecitos: su padre se consumía con su triste vejez, y no había tenido otro hijo que se quedase con las posesiones. Allí Diomedes los mató y les quitó a los dos la dulce vida, y dejó a su padre llanto y cuidados bien tristes, pues ya no los recibió vivos al volver de la guerra: y los parientes se repartieron la hacienda. Entonces cogió a los hijos de Príamo Dardánida que estaban en un mismo carro: Equemón y Cromio. Y como un león entre vacas saltando rompe la cerviz de una ternera o una vaca cuando andaban paciendo en el bosque, así a los dos, de Tideo el hijo los tiró de su carro bien mal sin quererlo, y luego los despojó de sus armas: y los caballos se los dio a sus compañeros para que los llevasen a las naves»...

Si al principio de la principalia para pintar el empuje de Diomedes puso el poeta *una bina* —los hijos de Dares— caídos en su mano, ahora después de la herida pone *cuatro binas* en consonancia con la *triplicación* de su fuerza. Y las cuatro encerradas entre dos comparaciones del león atacante. En la bina primera no murieron los dos, sino que el uno cayó y el otro escapó; en estas cuatro mueren *todos*, y la descripción va rápida como si tuviese prisa por matar... Si antes empleó 20 versos para describir la bina primera, en 20 versos termina ahora las cuatro... La variedad es manifiesta: el primero trata sólo de armas y heridas: su emotividad está en lo feroz de la herida, pues de un tajo le separó el hombro del cuello; el segundo introduce ya el patetismo del hogar: eran hijos de un anciano intérprete de sueños, pero por lo visto su padre no se los interpretó al partir; el tercero introduce también el mismo patetismo, pero variado: esta vez se trata de dos hijos únicos de un padre anciano, que con su muerte dejaron a su padre en un gran pesar, pues su herencia se la tuvieron que repartir los parientes; el cuarto —el de los hijos de Priamo dejados para el fin como más importantes— está remozado con la enérgica comparación del león que salta en una vacada y rompe la cerviz de una vaca o de una ternera»...

Así está trabajada esta pieza feliz de la herida, que se reduce a la presentación del héroe comparándole con un torrente desbordado, a la dramatización de la herida integrada por el disparo y jactación de Licaón, por la cura de Esténelo y la súplica de Diomedes a Atenas con la contestación de la diosa y, finalmente, la consecuencia de la herida que es el recrudescimiento del valor, pintado por el león que salta el redil al ser rasguñado y sensibilizado con la muerte de cuatro binas que caen veloces... en las garras de aquel león que se les echa encima...

4. *Su enfrentamiento con Pándaro y Eneas:*

Escena consultiva.

El poeta *sigue* cantando el valor de Diomedes pero *varía de procedimiento*. Ahora va a preparar *un cuadro en grande* porque él va a ser el *origen de los hechos cumbres*, el *primero* de los cuales será *la muerte de Pándaro*.

Pándaro es el *especialista del arco*. A él acudió Atenas para *herir a Menelao* y él es el que ahora *ha herido también a Diomedes*. «Dame coger a ese hombre y pónmele al alcance de mi lanza», había pedido Diomedes a Atenas. Ahora le va a tener...; y con las ganas que le tiene. Dobles ganas. Primero, por haber herido perjuramente a Menelao (canto IV) y ahora por haberle herido a él.

Como la escena es cubre, el poeta la trabaja con todo su arte. Primero balancea las fuerzas poniendo al lado de Pándaro a un personaje de primera talla, a Eneas, para que así excite más la expectación al encontrarse con Diomedes y Esténelo. Segundo, gradúa la escena en dos partes: en la que pudiéramos llamar preparatoria o psicológica y en la que pudiéramos llamar combativa.

Escena psicológica consultiva. — El poeta nos hace presentir la muerte del héroe arquero con el pesimismo de este especialista del arco. El poeta nos hace al mismo tiempo descansar de las muertes y sangre con esta *ingenua conversación* en medio del frente:

«Eneas vio a Diomedes haciendo riza entre las filas de hombres, y se echó a andar por entre la lucha y choque de lanzas en busca de Pándaro divino, por si en algún lado le hallaba. Encontró al hijo de Pándaro, el célebre, el fuerte: paróse ante él y díjole estas palabras: Pándaro, ¿dónde está tu arco y tus voladoras saetas? ¿Dónde tu gloria, en la que no tienes rival aquí en Troya, ni hay en Licia quien se glorie de ser más que tú? Mira, lanza una saeta a ese hombre, levantando las manos a Zeus, quien quiere que sea ese que triunfa, y que ha causado tantos males a los troyanos: pues ha soltado las rodillas de muchos valientes. A no ser que sea algún dios irritado con los troyanos, disgustado por los sacrificios: mala cosa es la ira de un dios que descarga»...

Tras esta presentación del arquero especialista por boca de Eneas viene la contestación de Pándaro con un doble encanto, el de la depresión del especialista fracasado y el del presentimiento que esta depresión encierra de su próxima muerte: «Y a Eneas le contestó a su vez el hijo ilustre de Licaón: Eneas, consejero de troyanos bronce-acorazados: al diestro Tidida diría yo que se parece ese hombre en todo: le distingo por el escudo y por la cres-

ta del yelmo y al ver sus caballos: de cierto no sé que no sea un dios. Mas si es este hombre que digo, el diestro hijo de Tideo, no hace él esta riza sin algún dios, sino que alguno de los inmortales está junto a él, cubierto de niebla los hombros, niebla que desvía de él a otra parte mi saeta veloz según va volando. Porque ya le lancé una saeta y le di en el hombro derecho atravesando la plancha de su loriga: y creía que le iba a mandar al Hades, pero sin embargo no le acabé: un dios es ese de seguro irritado. Y no hay a mano caballos ni carros en que subir: aunque allá en los palacios de Licaón hay once carros hermosos, recién ajustados, recién construidos: mas encima tienen echadas las fundas: junto a cada uno de ellos hay sendos tiros de caballos comiendo blanca cebada y espelta. Cierto, ¡cuánto me insistía al partir el anciano lancero Licaón en mis bien construidos palacios! Me mandaba subir a los caballos y al carro para dirigir a los troyanos en la violenta refriega: pero yo no le obedecí —mucho mejor me hubiera sido— por temor de los caballos, no me les faltase el pienso en una ciudad sitiada, acostumbrados a comerlo a pasto. Así los dejé y vine a Ilión de infante confiando en mis arcos: que no me habían —¡ay!— de servir, porque ya he disparado a dos jefes —al Tidida y al Atrida— y a los dos sin duda les saqué sangre acertándolos: pero no hice más que excitarlos más. Por eso —cómo no— en mal hora de la percha descolgué los curvos arcos el día aquel en que a Ilión la amena vine conduciendo troyanos, por complacer a Héctor divino. Lo que es, si vuelvo y veo con mis ojos mi patria y mi esposa y alta casa, córteme luego la cabeza un extraño, si no tiro yo estos arcos en el brillante fuego rompiéndolos con las manos: tan inútiles compañeros me son...

A su vez contestóle Eneas, caudillo troyano: No hables así: mal se puede hablar de fracasos antes de hacer frente los dos a ese hombre con caballos y carros y medir su valor con las armas. Mira, sube a mi carro, para que veas cómo son los caballos de Tros, entrenados para atacar o escapar velocísimamente por acá y por allá en la llanura. Hasta nos llevarían a los dos salvos por la llanura, si Zeus concede al Tidida Diomedes la gloria. Conque, ea, toma ahora el látigo y las riendas brillantes, que yo subiré al carro para luchar, o si no recibe tu a Diomedes, que yo me

cuidaré de los caballos. Entonces le dijo a su vez el hijo ilustre de Licaón: Eneas, tú ten tú mismo las riendas y tus caballos: que mejor llevarán el curvo carro con su auriga conocido de siempre, si acaso tuviéramos que escapar del hijo de Tideo. No sea que éstos se espanten y se desmanden y no quieran sacarnos de la batalla echando de menos tu voz, y se lance sobre nosotros el hijo del magnánimo Tideo y nos mate a nosotros y se lleve los pies macizos caballos. Por eso guía tú mismo tus carros y tus caballos, y a ese yo le recibiré —cuando ataque— con la aguda lanza».

★★

Es bella esta escena. Primero, por el elogio que tiene de Diomedes —me parece Diomedes por el escudo, el casco y los caballos; pero no sé si será algún dios. Si es Diomedes no hay duda de que un dios le asiste—. Segundo, por el desencanto de la herida —ya le he disparado y dado en el hombro y creí matarle, pero no he hecho más que excitarle más—. Tercero, por el recuerdo del hogar traído tan naturalmente —no tengo a mano caballos ni carros y eso que en el palacio tengo once... Y se complace en multiplicar los epítetos y los detalles como si los estuviera viendo: once carros hermosos, recién ensamblados, recién contruidos, con las fundas echadas encima, y un tiro de caballos al lado comiendo cebada y espelta. ¿No es verdad que la imaginación va al palacio y está viendo los carros de Pándaro con las fundas puestas y los caballos comiendo? ¿No es verdad que el corazón se emociona al ver que ellos están allí tan ociosos mientras el amo los echa de menos en la guerra? Sigue la poesía del hogar con el recuerdo de la despedida de su padre que le encargaba al salir que trajese para el frente los caballos y los carros, y no obedeció a su anciano padre, aunque le hubiera sido mucho mejor... Esta pintura de la solicitud del anciano y de la inexperiencia del hijo arrepentido, ambientada con la melancolía de la despedida, es también penetrante, lo mismo que las tan naturales razones que da: «yo temía por los caballos no fuese a faltarles el pienso en una ciudad sitiada, estando acostumbrados a comerlo hasta hartarse». Cuarto, por el desencanto del

especialista del arco: «Así que dejé los carros y vine de infante a Troya confiando en mi arco: pero no me había de servir. A dos he disparado, al Tidida y al Atrida: a los dos les he sacado sangre, pero no he logrado más que excitarlos más. Qué bien recoge aquí Homero *las dos actuaciones* del ilustre arquero como si quisiera apuntar que va a pagarlas con su muerte... Quinto, por la combinación del sentimiento del fracaso y del hogar: «En mala hora le descolgué de la percha aquel día en que me vine a Troya: Si vuelvo a mi tierra y vuelvo a ver a mi patria, a mi hogar y a mi esposa, córtense la cabeza si no hago trizas este arco y lo echo al fuego»... ¿No es verdad que estamos viendo otra vez el hogar de Pándaro? ¿No es verdad que el poeta ha despertado con todo esto en nosotros una gran simpatía por Pándaro y una gran añoranza de su hogar, para que luego nos impresione más su muerte lejos del hogar y de su patria?

Eneas le reanima. No hables de fracasos antes de ver lo que resulta de nuestro embite. Aquí tengo caballos y carro como águilas. Toma las riendas y el látigo, que yo lucharé. O si no, lucha tú y yo me encargaré de los caballos. Aunque el Tidida nos venza, nos sacarán vivos. Con la contestación tan encantadoramente humana de Pándaro: mejor es que cojas tú las riendas y arrees tus caballos, pues conociéndote correrán mejor. No sea que conmigo se espanten y echen de menos tu voz. Yo lucharé con la aguda lanza... ¿Pándaro con lanza contra Diomedes? ¿Un arquero contra un lancero? No en vano el poeta ha puesto ya en boca de Eneas y del mismo Pándaro el presentimiento de la derrota y de la muerte: «Los caballos nos sacarán con vida a la ciudad aunque Zeus conceda la gloria a Diomedes», había dicho Eneas. Y Pándaro: «No sea que se espanten los caballos y no quieran sacarnos de la batalla echando de menos tu voz y el hijo de Tideo nos mate a nosotros y se lleve los caballos a la ciudad...» ¿Con lanza Pándaro contra Diomedes?...

5. *Su enfrentamiento con Pándaro y Eneas:*
Escena combativa.

«Así —cómo no— hablando subieron al bien labrado carro y ardorosos dirigieron contra el Tidida los veloces caballos. Viólos Esténelo, el hijo ilustre de Capaneo, y en seguida habló al Tidida estas aladas palabras: Tidida Diomedes, queridísimo de mi corazón, dos hombres veo robustos, decididos a luchar contra ti, con una fuerza inmensa: el uno buen sabedor de los arcos, Pándaro, que se gloria además de ser hijo de Licaón. Y Eneas que se gloria de haber nacido del magnánimo Anquises, y su madre es Afrodita. Conque, ea, retirémonos ya en nuestro carro, no me andes así tan rabioso entre los delanteros, no sea que pierdas tu vida. Le miró —cómo no— torvamente y le dijo el fuerte Diomedes: No me hables de huídas porque no pienso que me has de persuadir: no es de mi raza luchar escapando ni hacer el cobarde: todavía tengo entera mi fuerza y tengo a menos montar en el carro. No así a pie iré contra ellos: que no me deja temblar Palas Atenea. A esos no los volverán juntos para atrás los veloces caballos de nuestras manos, si es que alguno de los dos se escapa. Y otra cosa te diré, y guárdala bien en tu mente: Si la muy consejera Atenea me da a mí la gloria de matar a los dos —tú deja a estos mis veloces caballos aquí, colgadas del borde las riendas: y lánzate —no te olvides— a los caballos de Eneas y sácalos de los troyanos para los bien grebados aqueos. Porque son de la raza de los que Zeus de vasta mirada dio a Tros como paga por su hijo Ganimedes; son los mejores caballos de cuantos existen bajo la aurora y el sol. De esta raza los robó el rey de hombres Anquises ocultamente a Leomedonte echándoles sus yeguas. De ellos le nacieron seis en los palacios como descendencia: los cuatro se quedó él con ellos y crió en su pesebre, y los otros dos se los dio a Eneas, causadores de huídas: si los cogemos, ganaremos una gloria admirable. Así iban diciendo los dos estas cosas entre sí: pero pronto se acercó la otra bina, arreando los veloces caballos. El primero habló el hijo ilustre de Licaón: «Corazón fuerte, entrenado, hijo del muy ilustre Tideo, ya se ve que no te domó mi veloz disparo, la amarga saeta; ahora otra vez voy a actuar con la lanza, a ver

si te alcanzo». Dijo y blandiéndola le lanzó la larga-sombra lanza, y le dio al Tidida en el escudo: y atravesándole la punta de bronce volando se acercó a la coraza. Al verlo gritó fuertemente de Licaón el hijo preclaro: «Herido estás en el vientre, bien adentro, ni creo que puedas ya aguantar mucho tiempo: y me has dado a mí grande gloria». Mas sin perturbarse, le contestó Diomedes el fuerte: «Erraste y no me alcanzaste: pero creo que vosotros no habéis de acabar hasta que uno de los dos caiga y sacie de sangre a Ares, el intrépido luchador». Así diciendo disparó: y el asta la dirigió Atenas a la nariz junto al ojo, y le salió la punta por debajo de la barbilla. Cayó del carro y retumbaron las armas sobre él, preciosas, brillantes: espantáronse los caballos velocipedos: y allí se le fue el alma y el valor».

*
**

Esta escena está muy artísticamente dramatizada a base de dos contrastes: primero la impresión de temor que causan los dos guerreros troyanos —Eneas y Pándaro— en el ánimo del escudero de Diomedes con la reacción valiente de éste, y segundo, entre el confiado disparo de Pándaro y la fulminante contestación de Diomedes. Analicémoslos un poco. El poeta suelda enseguida las dos escenas: «Así hablando Pándaro y Eneas dirigen los caballos contra Diomedes. Viólos Esténelo y dijo enseguida a Diomedes... El poeta nos va a hacer sentir el calibre de estos guerreros por la impresión que causan: «Veo dos valientes venir contra ti, de fuerza inmensa: Pándaro, el especialista del arco, el hijo de Licaón, y Eneas el hijo de Aquises y de la diosa Afrodita: Huyamos en el carro, no pierdas la vida»... Frente a esta impresión de miedo está magníficamente puesta la contestación intrépida de Diomedes para pintar su valor: «No me hables de huir —le dijo con torva mirada— no está en mi sangre luchar escapando. Ni necesito carro, a pie iré a su encuentro, y gracias si escapa alguno»... ¿No es verdad que la instantánea está bien tomada? Después de esta simpática estampa viene otro detalle atractivo. Es la importancia de los caballos de Eneas, cuyo elogio oímos de paso en la escena anterior: «Para que veas cómo son los caballos de Tros, sabedores de perseguir o escapar de acá

para allá por la llanura velocísimamente». Ahora va a hacer su panegirico de raza única. Y lo hace —como siempre Homero— habilísimamente al correr de la acción: «Ten en cuenta otra cosa: si mato a los dos personajes, deja este carro y tirate a los caballos de Eneas que son de la raza que dio Zeus a Tros: No hay como ellos en toda la tierra. Seis logró Anquises»... Y con estas historias distrae, construye la trama, aumenta el interés y prepara mejor para el choque de armas. Se enfrentan los dos pares. Pándaro le recuerda su herida de dardo frustrada y acude a la lanza. Le da en el escudo que cede y pasa la punta hasta la coraza. «Ya estás herido, la muerte te ronda cercana». Optimismo vano. Diomedes le clava la lanza junto al ojo, narices abajo, por los dientes, la lengua, y la barba. Pándaro allí queda tendido... Bonitas, brillantes sus armas. ¿Pándaro con lanza contra Diomedes?

6. *El héroe hiere a Eneas y a su madre Afrodita.*

Si antes se interrumpió o retrasó por un poco la acción bélica del héroe por la escena consultiva o conversacional de Pándaro y Eneas, ahora se precipita arrolladora con la muerte de Pándaro y las heridas de Eneas y Afrodita seguidas. Con esto la figura del héroe de la principalía va ganando en prestancia épica siguiendo la ley homérica del crescendo. De Pándaro a Eneas, de Eneas a su madre la diosa Afrodita... Por esto le dijo antes Atenas que a *Afrodita* —de todos los dioses— *no la perdonase*, y por eso introdujo antes a Eneas con Pándaro: para ponerle a Diomedes un digno rival y para preparar la entrada de su madre. Tan hábilmente trama y prepara Homero sus escenas.

«Eneas se lanzó con el escudo y el asta larga, temeroso no le sacasen el muerto los aqueos. Y rondaba —cómo no— a su alrededor, como un león confiado en su fuerza: ante sí tenía la lanza y escudo redondo dispuesto a matar a quienquiera que se fuese al muerto, con gritos terribles. Pero el otro un morrillo cogió con la mano —el Tidida, ¡grande hazaña!— que no llevarían ni dos hombres siquiera de los que ahora viven: mas él fácilmente le manejaba y aun solo. Con él dio a Eneas en la cadera, donde el muslo en la cadera encaja, y lo llaman copa del

hueso; le quebró la «copa del hueso», le rompió además ambos tendones y le rasgó la piel la áspera piedra. Con esto aquel se puso de rodillas cayéndose, y se apoyaba con su robusta mano en la tierra: y a sus ojos negra noche los envolvió. Y entonces ciertamente hubiera perecido el rey de hombres, Eneas, si no lo hubiese —cómo no— advertido enseguida Afrodita la hija de Zeus, su madre, que le concibió de Anquises al cuidar el ganado: alrededor de su hijo querido tendió sus brazos blancos: y ante él extendió un pliego de su brillante peplo, para ser parapeto de dardos, no fuese que alguno de los dánaos potros-ligeros clavándole el bronce en el pecho le quitase la vida.

Ella a su querido hijo iba sacando de la batalla: ni el hijo de Capaneo se olvidó de los encargos que le había hecho el buen gritador Diomedes. Sino que paró a sus caballos de unidas pezuñas fuera del estrépito, del barandal las riendas atando: y lanzándose a los caballos de hermoso pelo de Eneas, los sacó de los troyanos para los bien grebados aqueos: y se los dio a Deípilo —su compañero querido, a quien estimada entre todos los de su edad, porque pensaba lo mismo que él— para que los condujese a las cóncavas naves. Mientras tanto él, subiendo a su carro cogió las riendas brillantes —lustrosas— y enseguida picó a sus caballos de fuertes pezuñas en busca del Tidida, entusiasta. Este perseguía a Cipris con el cruel bronce, sabiendo que era una diosa débil y no de las diosas aquellas que pesan en las batallas de hombres, ni —claro está—, Atenas ni Enio la arrasa-ciudades.

Más cuando ya —cómo no— la alcanzó persiguiéndola por la gran muchedumbre, entonces la acometió el hijo del magnánimo Tideo e hirió por encima la mano —saltando con la aguda lanza—, la mano blanda: enseguida perforó la lanza la carne a través del ambrosiaco peplo, que las mismas gracias habían hecho para ella; hacia el final de la palma. Corría la sangre inmortal de la diosa, el *íoor* que es lo que circula por los dioses felices: porque no comen pan, ni beben el rojo vino: por eso no tienen sangre y se llaman inmortales. Ella, dando un gran grito, soltó de sí a su hijo: y a éste en las manos le sacó Febo Apolo entre oscura nube, no fuese que alguno de los dánaos veloces-potros clavándole el bronce en el pecho le arrancase el alma. A la diosa la lanzó un gran grito el buen gritador Diomedes: «Déjate, hija

de Zeus, de guerras y luchas. —¿Es que no te basta con engañar a las débiles mujeres? Pero si te metes en guerras, creo que te vas a estremecer de la guerra, aunque la oigas nombrar desde lejos. Así dijo: Y ella se fue con espanto tremendamente afligida».

*
**

Ya ha llegado el poeta a *la meta del primer avance de la principalía*, meta señalada por Atenea, en el verso 131 cuando dijo a Diomedes: «Con los inmortales no luches, a no ser que sea Afrodita, que a esa ya la puedes disparar». La llegada a esta meta ha sido graduada: primero una breve presentación del héroe seguido de otros seis héroes del frente general, segundo otra segunda presentación que desemboca en la herida con el recrudecimiento de la ira del héroe y muerte de cuatro binas, tercero la invitación de Eneas a Pándaro para hacer frente a Diomedes, cuarto el choque de los dos con Diomedes que termina con la muerte de Pándaro, la casi-muerte de Eneas, y la herida de Afrodita. Son como tres pisos de la aristeya caracterizados por otras tres actuaciones del héroe cada vez más grandiosas. Y estamos todavía en el verso 352. ¿Qué nos reservará el poeta hasta el 909?

La herida de Eneas y Afrodita están bellamente descritas cada una con su matiz peculiar: la de Eneas robusta, la de Afrodita delicada y tierna. La figura de Eneas rondando el cadáver de su amigo con el escudo y la larga lanza embrazados es verdaderamente épica y el poeta le quiere así: «como un león confiado en su fuerza»... ¿Para qué le quiere así? Para que resalte más el valor y la fuerza de Diomedes... También a éste le describe épicamente cogiendo con su mano un morrillo —grande hazaña— que dos hombres de hoy no podrían mover, y él lo movía solo. Con éste le rompe la cadera a Eneas —herida espectacular— que tiene que ponerse de rodillas y sostenerse en tierra con las manos...

Bello cuadro en contraste de dos héroes épicos, en que si el uno es muy valiente el otro lo es más. Bello y breve. Y aquí viene naturalísimamente la intervención de Afrodita para librar a su

hijo, Eneas, de una muerte segura. Le coge entre sus brazos, le oculta tras los pliegues de su peplo, y así le va sacando de la batalla. Mientras le saca, Esténelo cumple el encargo de Diomedes de apoderarse de los caballos de Eneas. Bello motivo que el poeta desarrolla paralelamente a lo de las muertes y ataques humanos como rica alternancia engendradora de variedad e intensificadora de emotividad.

La herida de Afrodita está sintonizada con el carácter melindroso de la diosa. La mano es blanda, la lanza perfora el peplo hecho por las gracias y rasguña la piel de la mano por donde la carne es más blanda, al final de la palma. Corre la sangre... ¿Qué digo sangre? —Es *ícor*— porque los dioses siempre felices no tienen sangre: que no comen pan ni beben vino. La diosa débil da un gran chillido y suelta a su hijo. Febo Apolo le envuelve en negra nube y le saca para que no le maten los dánaos. Semilla de acciones futuras. Diomedes el fuerte increpa a la diosa débil: «Déjate tú de guerras y conténtate con tu oficio de engañar mujeres. Si no, sólo el nombre de guerra —aunque le oigas de lejos— te va a hacer temblar». Y ella espantada se fue, la afligida...

Aquí termina el *primer gran avance del libro*. Tiene 351 versos. Ahora viene un descanso humorista de Afrodita quejándose en el Olimpo, descanso que el poeta ha preparado con la caracterización un poco melindrosa de la herida. Este descanso tiene 80 versos. Luego empieza el *segundo gran avance de la principalia*, que terminará con otra escena olímpica parecida.

7. *Quejas y curación de Afrodita en el Olimpo.*

«Así dijo Diomedes: y Afrodita consternada se fue, y sufría terriblemente. Iris la cogió —cómo no— la pies-de-viento y la sacó de la gente, afligida con sus dolores: palidecía en su carne hermosa. Encontró enseguida en el frente a la izquierda al tróm-bido Ares sentado: a una nube la lanza arrimada y los veloces corceles: y ella de rodillas hincándose empezó a suplicar a su hermano y a pedirle los caballos fronteras-de-oro: querido hermano, cuidate de mí y dame los caballos para que al Olimpo

vaya, donde la sede está de los inmortales. Mucho me duele la herida que me hizo un hombre mortal, el Tidida, que ahora —lo que es— aun contra Zeus padre lucharía». Así dijo, y Ares —cómo no— la dio los caballos fronteras-de-oro: y ella subió al carro acongojada en su ánimo. A su lado se puso Iris y las riendas cogió con las manos. Con la tralla les dio que corriesen y ellos no sin ganas volaban. Pronto llegaron a la sede de dioses, al Olimpo escarpado: allí los caballos paró la pies-de-viento rápida Iris, desunciéndolos del carro. Y les echó ambrosia por pienso. La diosa en las rodillas cayó de Dione —la diosa Afrodita—, de Dione su madre: ésta en sus brazos cogió a su hija y con la mano la acarició y la dijo llamándola por su nombre: ¿Quién de los celestiales te ha podido hacer ésto, hija querida, tan locamente como si hubieras hecho algo malo a su cara? Y la contestó en seguida la que gusta de risa— Afrodita: Me hirió de Tideo el hijo, el soberbio Diomedes, porque yo sacaba a mi hijo querido de la batalla, a Eneas, que para mí es con mucho el más querido de todos. Porque ya no es la seria refriega entre troyanos y aqueos, sino que ahora luchan —lo que es— los dánaos aun con los inmortales. Entonces la contestó Dione, divina entre las diosas: Aguanta, hija mía, y ten paciencia aunque apenada. Porque ya muchos que tenemos olímpicas moradas hemos tenido que aguantar de los hombres, ocasionándonos graves disgustos unos a otros. Aguantó Ares, cuando Oto y el fuerte Efiáltes, hijos de Aloe, le ataron en fuertes prisiones: y estuvo en la cárcel de bronce atado por trece meses. Y ahora hubiera allí muerto Ares, de guerra insaciable, si la madrastra, la bellísima Eribea, no se lo hubiera a Hermes dicho: el cual robó a Ares, ya destrozado: porque la dura cárcel le había deshecho. Aguantó Hera, cuando el fuerte hijo de Anfitríon en la teta derecha con un dardo tres-puntas la hirió: y entonces la cogió un dolor insufrible. Aguantó Hades también —el monstruoso— la veloz saeta, cuando el mismo hombre, el hijo de Zeus égida —tiene, hiriéndole en Pilos, entre los muertos sufrir le hizo. Y él fue a casa de Zeus y al amplio Olimpo afligido en su corazón, traspasado de dolor: que la saeta se le había clavado en el hombro robusto y le atormentaba el ánimo. Pero Peón aplicóle drogas matadolores y le curó porque no había, no, nacido mortal. Intrépido, fabrica-

hazañas, que no le importaba cometer maldades, que con sus arcos ultrajó a los dioses que el Olimpo tienen. Y contra ti lanzó también a éste la diosa de brillantes ojos Atenas: necio, que no sabe una cosa en su mente el hijo de Tideo, que no es de larga vida el que lucha con los inmortales, ni los hijos en sus rodillas le llamarán «papá» al volver de la guerra y de la dura lucha. Por eso ahora el Tidida, aunque sea tan fuerte, que no le vaya a salir otro mejor que tú: no sea que durante largo tiempo Egialea, la prudente hija de Adrasto, del sueño despierte a su querida familia llorando, echando de menos a su marido legítimo, al mejor de los aqueos, la esposa ilustre —sí— de Diomedes doma-caballos. Dijo —cómo no— y con ambas manos de la palma el *escudo* la limpió. Alivióse la mano, y mitigáronse los fuertes dolores. Veíanlo las otras —Atenas y Hera— y con mordaces palabras próvocaban a Zeus Cronida. De las dos comenzóle a hablar la de ojos claros Atenas: Padre Zeus, ¿te molestarás acaso por lo que te voy a decir? Sin duda que ahora ha estado Cipris animando a alguna de las aqueas a irse con los troyanos, a los que ahora quiere tremendamente, y acariciando a alguna de las aqueas bellos-peplos, se ha pinchado con algún broche de oro la tierna mano. Así dijo: y sonrió el padre de los hombres y de los dioses, y —cómo no— llamándola dijo a la dorada Afrodita: No se te han dado a ti, hija mía, las actuaciones guerreras, no: tú métete en las amorosas actuaciones de las bodas que de estas obras ya se ocuparán por entero Ares el veloz y Atenea. Así hablaban éstos unos con otros...».

* * *

El viaje de Afrodita al Olimpo está admirablemente trazado para el fin del descanso y variedad que pretende. La conversación tan ingenua de la diosa dolorida con su hermano Ares: «Asísteme, hermano querido, y dame los caballos, para que vaya al cielo. Me duele mucho la herida». La descripción tan casera del viaje: «Ares la dio los caballos fronteras —de— oro, y ella subió al carro. Iris al lado las riendas cogió con sus manos. Les dio con la tralla y los caballos volaron. Pronto llegaron al cielo; allí los paró, desunció y les echó ambrosía por pienso». ¿No son

estos detalles totalmente nuevos y refrescadores en medio de las anteriores descripciones guerreras? Y luego la semiidílica escena de Afrodita con su madre, como pudiera portarse la niña más mimosa y delicada: «La diosa cayó en las rodillas de Dione su madre: ésta la recogió en sus brazos, la acarició con la mano y llamándola por su nombre la dijo... Luego la consolación de la madre: Aguanta, hija querida, y ten paciencia, que no es la primera vez que sufrimos los inmortales los acometimientos de los hombres». Tres casos pone —el de Ares, el de Hera y el de Hades— todos también variados y nuevos: Ares que sale después de trece meses de la cárcel, deshecho. Heras que recibió en el pecho el disparo de Hércules. Hades que recibió del mismo otro dardo en el hombro. ¿Se parece todo esto en nada a lo que hemos visto antes? Y sin embargo está magníficamente sintonizado con el argumento principal que es la superación del héroe de la principalía —Diomedes—, que ya *no se contenta con luchar con los hombres sino que se enfrenta con los dioses*. ¿No es ésta la tesis que formula la misma Afrodita, marcando el *clímax* de la superación del héroe? «Porque ya no se mantiene la lucha entre troyanos y aqueos, sino que —lo que es— ahora luchan ya los aqueos *hasta con los mismos inmortales*». Sólo que esta lucha con los inmortales tendrá *su gradación*, y si ahora es con la *débil Afrodita*, luego será con el *fuerte Marte*... Porque el héroe de la principalía va creciendo más y más, y precisamente para aumentar su crecimiento es para lo que viene esta escena olímpica confortante: «Mucho me duele la herida que me hizo un hombre mortal, el Tidida, que —lo que es— ahora con el Padre Zeus lucharía». Así aprovecha siempre Homero el tiempo mientras nos hace descansar. ¿A qué añadir la delicada observación de Dione de «que no llamarán "papá" a su padre sentados en sus rodillas los hijos de los guerreros que luchan con los dioses?». ¿A qué la fina ironía femenina de Atenas y Hera: «Sin duda que Cipris ha estado animando a alguna aquea a irse con algún troyano y se ha clavado con algún broche o alfiler mientras la acariciaba», apuntando mordazmente a Helena...?

Segundo avance.

Tiene dos tiempos: primero Diomedes ante la advertencia de Atenas de que no luche con los inmortales —salvo Afrodita—, se repliega ante Apolo y Ares que auxilian a los troyanos; segundo ante la nueva advertencia de Atenas de que se atreva con Ares, Diomedes ataca al dios de la guerra y le hiere. Todo este segundo avance está basado sobre el épico encuentro de Diomedes con el dios de la guerra imponente y fantástico.

8. *Diomedes ante Apolo y Ares.*

«Así hablaban en el cielo Afrodita y los dioses. Mas contra Eneas lanzábase el buen gritador Diomedes, sabiendo que sobre él tenía extendidos sus brazos el mismo Apolo; pero él —cómo no— ni al grande dios respetaba, sino que siempre anhelaba matar a Eneas y quitarle las inclitas armas. Tres veces se lanzó ansiando matarle: y tres veces Apolo le rechazó el fúlgido escudo. Mas cuando ya cuarta vez se lanzó, a un dios parecido, dando un fuerte grito le dijo el disparo -de-lejos Apolo: Reflexiona Tidida, y retírate, y no quieras pensar ser igual a los inmortales: que no es la misma la raza de los inmortales dioses y la de los hombres que van por la tierra. Así dijo: y el Tidida se retiró un poco hacia atrás, evitando la ira del hiere -de-lejos Apolo. A Eneas apartado de la turba le dejó Apolo en Pérgamo sagrada, donde tenía construido un templo: allí le curaban y honraban Letona y Artemis la saetera en el gran santuario. Mientras el dios levantó un simulacro, el del arco de plata Apolo, parecido al mismo Eneas e igual en las armas: y alrededor —cómo no— del simulacro, troyanos e ilustres aqueos se golpeaban unos a otros los boyunos escudos redondos y las ondulantes rodela sobre los pechos. Entonces ya dijo al trómbido Ares Febo Apolo: Ares, Ares, destroza-hombres, mancha de sangre, arrasa-muros: ¿no arremeterás ya con ese hombre y le sacarás de la lucha, con el Tidida, que —lo que es— ahora lucharía aun con el padre Zeus? A Cipris la hirió primero de cerca en la mano junto a la muñeca: y luego se lanzó contra mí mismo, a un dios parecido. Así diciendo, él se sentó sobre

lo alto de Pérgamo, y Ares funesto se metió por entre las filas troyanas y las excitó parecido al veloz Acamante, conductor de los tracios: y a los hijos de Priamo, hechuras de Zeus, arengaba diciendo: O hijos de Priamo, rey hechura de Zeus, ¿hasta cuándo dejaréis perecer a vuestro pueblo por los aqueos? ¿Hasta que luchen acaso cabe las puertas bien construidas? Yace el hombre al que honrábamos como a Héctor divino, Eneas, el hijo del magnánimo Anquises. Pero, ea, del estruendo salvemos al inclito amigo. Así diciendo excitó el valor y el ánimo de cada uno».

*
**

Ya está Ares en el campo, actuando. El temible Ares... Y presentado por Apolo. El poeta nos irá primero haciendo sentir su terribilidad arrolladora, para que después nos cause mayor sensación *su herida a manos de Diomedes*. El ataque de Diomedes contra Ares está ya *preparado por el intento de atacar tres veces a Apolo* para matar a Eneas. ¿Cómo ha aparecido aquí Ares? Traído poco a poco por el poeta: primero en el IV, 439, dice que Ares alentaba a los troyanos y Atenea a los griegos; en el V, 35, dice que Atenas sacó a Ares de la batalla y le dejó sentado en el Escamandro; en el 355 dice que Afrodita le encontró sentado a la izquierda de la batalla y le pidió los caballos para ir al cielo; en el 430 Zeus dice a Afrodita que deje las hazañas de la guerra a Ares y Atenas; y por fin en el 454 ya Apolo le empuja a ayudar a los troyanos. El poeta pues *en el primer avance le ha mantenido en reserva*, para convertirle *en el segundo en eje de la acción* y del interés.

9. *Entran también en acción Sarpedón y Héctor.*

Diomedes en el primer avance lo arrollaba todo hasta matar a Pándaro y herir a Eneas y a la misma Afrodita. Ahora por *la ley del péndulo estético* tiene que ser primero contrarrestado por la acción del dios —ayudando a los troyanos— para terminar por fin con el triunfo de Diomedes. El poeta *con el dios quiere presentar a otros personajes* que influyen también en reavivar el

ánimo de los troyanos, personajes *victimias de acciones futuras*. El primero es Sarpedón, jefe aliado. Su arenga es típica de las reclamaciones de un jefe aliado: «Entonces a su vez Sarpedón se encaró severamente con Héctor divino: Héctor, ¿a dónde se te fue ya el valor que antes tenías? Dijiste un día que sin pueblos y sin aliados sostendrías la ciudad tú sólo, con tus cuñados y hermanos. Y ahora de esos no puedo ver yo a ninguno ni descubrirle, sino que están temblando, como perros junto a un león: en cambio nosotros sí que luchamos, los que somos aliados. Aquí estoy yo, aliado como soy, venido bien de lejos: porque lejos está Licia sobre el Janto tortuoso: allí una esposa querida dejé y un tierno hijito y mis riquezas inmensas, envidia de quien es pobre. Pero aun así animo a los licios y me encuentro dispuesto a luchar en persona contra ese hombre: a pesar de que aquí no tengo yo nada que me puedan robar ni llevar los aqueos: tú en cambio estás ahí plantado, y no mandas a los otros pueblos que resistan y defiendan a sus mujeres. No sea que —como con redes de lino cogidos que todo lo arrastran—, de hombres hostiles vengáis a ser presa y despojo: que ellos bien pronto arrasarán vuestra bien poblada ciudad. Tú conviene que mires todo esto de día y de noche, y que pidas a los jefes de los aliados de lejos llamados que resistan sin descanso, y te evites la amarga reprehensión. Así dijo Sarpedón: y mordióle en el alma a Héctor lo dicho. Al punto, del carro con las armas a tierra saltó: y blandiendo dos lanzas agudas, por la hueste se fue a todas partes animando a la lucha, y excitó la contienda terrible. Ellos se dieron vuelta e hicieron frente a los aqueos: los argivos resistieron en bloque, y no cedieron. Como el viento las pajas lleva, por las sagradas eras cuando los hombres vieldan, y la rubia Demetria separa, al soplar de los vientos, el fruto y las pajas: y suben blanqueando las parvas: así entonces los aqueos blancos por arriba se ponían del polvo, que —cómo no—, por entre los troyanos al bronceo cielo levantaban los pies de los caballos al volverse a embestir: dábanles la vuelta los aurigas; y los aqueos, llevaban por delante la fuerza de sus manos. Toda la batalla cubrióla con noche el trómbido Ares ayudando a los troyanos, metiéndose por todas partes: así cumplía el encargo de Febo Apolo espada-dorada, que le pidiera levantar el ánimo de

los troyanos, cuando vio a Palas Atenas marcharse, porque ésta —cómo no— era de los dánaos la protectora».

*
**

Después de meter a Marte en la batalla, el poeta *quiere meter también a Héctor* con sus tropas *para dar más realce al acto final* de la principalía. ¿Quién será Diomedes cuando tales rivales merece? La manera de meter a Héctor es muy psicológica. Un aliado ilustre —Sarpedón— le echa en cara su inacción cobarde y la de su tropa, mientras ellos luchan no siendo más que aliados, que propiamente no tiene allí nada que perder. Héctor se pica y con dos lanzas en la mano detiene a sus tropas y las echa de nuevo contra los aqueos. Ya en el v. 37 había dicho que «los dánaos habían hecho replegarse a los troyanos». Y desde entonces los aqueos no habían hecho más que avanzar. Ahora vuelven a rehacerse los frentes gracias a las intervenciones de *Ares y Héctor*, o, por mejor decir, *Sarpedón*. Como blanquean las parvas en las eras, así blanqueaban los aqueos con el polvo que les lanzaban los troyanos al volver sus caballos para embestirlos. ¿No es verdad que es grato asomarse por un momento a las eras y ver a los labradores violdando mientras el viento lleva las pajas separando la paja del grano? Ya está rehecho el frente. Y el poeta suelda esta introducción de Héctor con la anterior de Ares: Ares ayudó a los troyanos envolviendo la batalla en niebla, conforme al encargo que diérale Febo Apolo, al ver marcharse a Atenea, la ayudadora de los aqueos. Ya se ve que va a venir ahora un momento de crisis para los aqueos, faltos de la protección de Atenea y frente al dios de la guerra.

10. *Nuevo entronque con el frente general.*

«El mismo sacó a Eneas de su riquísimo santuario, y en el pecho valor infundió al pastor de pueblos. Y Eneas se colocó entre sus compañeros: Y ellos se alegraron cuando le vieron que venía sano y salvo y con una fuerza excelente. Pero no le preguntaron nada. Porque no se lo permitía el otro trabajo, que el del arco de plata promovía y Ares el mata-hombres y la

Discordia acosadora incansable. A los otros los dos Ayantes y Ulises y Diomedes excitaban —a los dánaos— a la lucha: aunque ya ellos de suyo ni las fuerzas de los troyanos temían ni los ataques: sino aguantaban, a las nubes parecidos que el Cronión en la calma colocó sobre los picachos más altos, tranquilas, cuando duerme la fuerza del Bóreas y de los otros impetuosos vientos, que las nubes sombrías disipan soplando con aires silbantes: así los dánaos y los troyanos en pie aguardaban y no se escapaban. Y el atrida por las filas andaba dando mil órdenes: ¡Ah, queridos!, sed hombres y sacad el valor que os defiende, tened vergüenza en la recia refriega. De los hombres que tienen vergüenza, más se salvan que mueren: de los que huyen en cambio no nace —claró está— ni gloria ni pizca de auxilio». Dijo y disparó con lanza veloz: y dio a un varón delantero, compañero de Eneas magnánimo, Deicoonte Pergásida, que los troyanos honraban lo mismo que a los hijos de Priamo, por ser veloz para luchar entre los primeros. A ese —cómo no— en el escudo con lanza le dio el rey Agamenón: y el escudo no detuvo la lanza, sino que le atravesó totalmente el bronce: y en el bajo vientre por el cinturón se clavó: dio un golpe al caer y retumbaron las armas sobre él: entonces a su vez Eneas mató dos campeones de los dánaos, hijos de Diocles, Cretón y Orsilico: cuyo padre, sí, habitaba en la bien construida Féras, rico en viveres: su linaje era el del río Alfeo, que ancho fluye por tierra de Pilios. Este engendró a Orsiloco, para rey de muchos hombres: Orsiloco —cómo no— engendró a Diocles magnánimo: y de Diocles dos niños mellizos nacieron, Cretón y Orsiloco, bien diestros en toda batalla. Estos —claro está— hechos mozos, en negros navios a Ilión buenos-potros a una con los argivos se fueron, a procurarles una satisfacción a los Atridas, Agamenón y Menelao: más allí los cubrió el telón de la muerte. Eran, sí, éstos como dos leones en las crestas del monte criados por su madre en las espesuras de profunda selva: éstos —cómo no— arrebatan bueyes y gordas ovejas, los establos de los hombres devastan, hasta que también ellos a manos de los hombres caen con agudo bronce: así éstos dos a mano de Eneas vencidos cayeron, parecidos a los altos abetos. Compadeciólos caídos Menelao el de Ares querido, y se fue por primera línea forrado con brillante bronce

sacudiendo una lanza: Ares suscitaba sus bríos, con este designio: que muriese a las manos de Eneas. Vióle Antíloco, del magnánimo Néstor el hijo: fue por primera línea: que era mucho su miedo por el pastor de pueblos no le pasase algo, y fuese inmenso el fracaso de sus esfuerzos. Los dos ya las manos y lanzas agudas en frente uno de otro tenían, ansiosos de lucha. Antíloco se puso muy cerca del pastor de pueblos y Eneas no aguantó, ágil luchador aunque era, cuando vio a los dos hombres estar mano a mano. Estos cuando los muertos sacaron a la hueste de aqueos, a los dos —cómo no— desgraciados los pusieron en manos de sus compañeros; y ellos volviéndose luchaban entre los primeros. Entonces a Pílemenos mataron, antagonista de Ares, caudillo de los Paflagones magnánimos, los escudados. A éste —cómo no— el Atrida lanza-famosa, Menelao, estando parado con el asta le herió, en la clavícula dándole. Y Antíloco tiró a Midón, su auriga escudero, ilustre Atimniada —volvía éste los caballos de unidas pezuñas— y con una piedra le dio en medio del codo: de las manos —cómo no— las riendas blancas por el marfil a tierra en el polvo cayeron. Antíloco entonces —cómo no— se lanzó sobre él y con la espada le clavó en la sien: y él boqueando cayó del bien construido carro cabeza abajo en el polvo sobre la coronilla y los hombros: tiempo largo, muy largo estuvo pino —porque había dado, claro está, en la arena profunda— hasta que los caballos le pisaron y tiraron por tierra en el polvo. A éstos Héctor los vio por las filas, y se lanzó sobre ellos gritando: y al mismo tiempo le siguieron las falanges troyanas valientes: conducíanlas —cómo no— Ares y la augusta Eníó: ésta llevaba el tumulto insolente de guerra, y Ares en las manos gigantesca lanza blandía: y andaba unas veces delante de Héctor y otras detrás. Al verle se estremeció el buen gritador Diomedes. Como cuando un hombre impotente, al cruzar una grande llanura, llega a un rápido río que corre hacia el mar y al verle hervir con su espuma se vuelve corriendo hacia atrás: así entonces el Tívida se retiró y dijo a su tropa: O amigos, ¿cómo nos admiramos de que Héctor divino sea un lancero y un audaz guerrero? Si siempre a su lado hay algún dios que le aparta la muerte: y ahora le asiste a aquél Ares, parecido a un hombre mortal. No, a los troyanos vueltos

siempre, para atrás replegaos y no os empeñéis en luchar a lo bravo con los dioses. Así —cómo no— dijo: y los troyanos muy cerca se vinieron de ellos. Allí Héctor dos hombres mató, sabedores de lucha que en un carro iban, Meneste y Anquialo. Sintió su caída el gran Telamonio Ayante: se paró, muy cerca poniéndose, y disparó con la lanza brillante, y dio a Anfión, de Sélago el hijo, que —es sabido— en Peso habitaba rico en tierras, rico en graneros; pero el Hado no le llevó a dar auxilio a Priamo y a sus hijos. A éste —cómo no— en el tahalí le dio el Telamonio Ayante, y en el bajo vientre se clavó la de larga-sombra lanza: Y dio un golpe al caer. El se echó encima —el incleto Ayante— a quitarle las armas: más los troyanos granizadas de lanzas sobre él descargaban —agudas, resplandecientes—, ¡cuántas recibió en el escudo! Más él con el pie encima del cadáver la bronceína lanza arrancó: ni pudo ya —claro está— las otras armas hermosas de los hombres quitarle: porque estaba abrumado por los tiros. Temió el héroe el copo cerrado de los troyanos valerosos, que muchos y buenos se le echaban encima con lanzas: éstos a Ayante —aunque era grande y valiente y audaz—, le apartaron de sí: y él retirándose se fue, rechazado. Así estos trabajaban en la recia batalla.

11. *Tlepólemo contra Sarpedón, y Ulises contra Héctor.*

«A Tleopélemo Heráclida, bravo y gallardo, le impulsó contra él quasi-dios Sarpedón el hado fatal. Estos, cuando cerca estaban yendo el uno contra el otro —el hijo y el nieto de Zeus amontona-nubes—, fue Tlepólemo el primero quien dijo al otro: Sarpedón, consejero de licios, ¿qué necesidad tienes de estar temblando aquí, siendo un hombre desconocedor de la guerra? Embusteros son los que dicen que eres tú descendencia de Zeus egida-tiene: pues estás muy por debajo de los hombres aquellos que de Zeus nacieron en los tiempos antiguos. En cambio, ¡qué hombre no dicen que fue el fornido Hércules, mi padre imperterritito, corazón de león! Que un día viniendo acá por los caballos de Laomedonte, con seis solas naves y hombres muy pocos, de Troya arrasó la ciudad y dejó desiertas sus calles; tú en cambio tienes cobarde corazón y tus tropas perecen: ni creo que tú

vayas a ser ninguna defensa para los troyanos, después de venir de Licia, con toda tu robustez, sino que caerás a mis manos y pasarás las puertas del Hades.

Sarpedón a su vez le contestó, de los licios caudillo: Tlepólemo, sí, aquél destruyó a Ilión la sagrada, por las locuras del noble varón Laomedonte, que —claro está—, contestó a sus buenas acciones con malas palabras, y no le devolvió los caballos por cuya causa vino de lejos, pero tú, yo te digo que aquí has de encontrar la muerte y la parca negra a mi mano, y por mi lanza vencido has de darme a mi gloria y el alma al Hades de inclitos-potros. Así dijo Sarpedón: y el otro levantó la lanza de fresno, Tlepólemo, y las lanzas largas de ambos al mismo tiempo de las manos salieron: y el uno le dio en medio del cuello —Sarpedón— y la punta del todo le pasó dolorosa: oscura noche le cubrió los ojos. Tlepólemo —cómo no— el muslo izquierdo con la lanza larga le hirió al otro y la punta pasó codiciosa el hueso rozando: Mas su padre por ahora la muerte apartó. Y ellos —cómo no— al divino Sarpedón sus amigos le sacaban del frente: pesábale la lanza alargada que iba arras-trándose: ninguno lo había notado ni había pensado del muslo sacarle la lanza de fresno para empinarle en aquel apuro: tal trabajo tenían para atenderle. A Tlepólemo por la otra parte los bien grebados Aqueos le sacaban de la batalla: advirtiéndolo el divino Ulises de ánimo sufrido: y se le revolvió su querido corazón: y se puso a pensar en su mente y en su ánimo si perseguiría primero al hijo de Zeus intenso-trueno, o quitaría la vida a los demás licios. Pero no estaba —no— del hado para Ulises magnánimo el matar al valiente hijo de Zeus con agudo bronce: por eso —cómo no— hacia la muchedumbre de Licios le inclinó el ánimo Atenas. Allí mató a Cerano, Alástor y Cromio, a Alcandro y Alio, a Neemone y Pritani: y cierto a más Licios hubiera matado el divino Ulises si no lo hubiese advertido —claro está— en seguida el de gran casco tremolante Héctor. Se fue por los primeros combatientes, forrado con brillante bronce, miedo llevando a los dánaos: alegróse —cómo no— con su llegar Sarpedón, hijo de Zeus, y le dijo estas sentidas palabras: «Priámda, no me dejes ahora caer presa de los dánaos, sino defiéndeme: y luego déjeme la vida en vuestra ciudad: porque

ya no podré vuelto a mi casa y a mi querida patria-tierra regocijar a mi esposa y a mi tierno niño. Así dijo: pero no le contestó el de casco-tremolante Héctor, sino que se pasó volando ansioso por rechazar cuanto antes a los argivos y quitarles a muchos la vida. Y ellos —cómo no— al quasi-dios Sarpedón, los divinos compañeros le sentaron bajo una bellísima haya de Zeus égida-tiene: y del muslo —cómo no— la lanza de fresno le sacó afuera el valiente Pelagón, que le era compañero muy querido. Le dejó el alma y por sus ojos se difundió la sombra: pero de nuevo recobró el aliento y alrededor el soplo del bóreas abanicándole le vivificaba hasta que penosamente exhaló el alma. Y los argivos, ante Ares y Héctor bronce-forrado, ni acababan de escaparse a las negras naves ni acababan de lanzarse a la lucha, sino que siempre iban hacia atrás replegándose, desde que oyeron que con los troyanos estaba Ares. Entonces ¿quién fue el primero y el último que mató Héctor, el hijo de Príamo, y el broncíneo Ares? El quasi-dios Teutrante y después el arrea-caballos Orestes, y Treco el lancero Etolio, y Enomao y Heleno Enópida y Oresbio de lúcido cinto, el que —claro está— en Hila habitaba, sumamente preocupado por sus riquezas, reclinado en el lago Cefiso: y junto a él habitaban los otros beocios, poseedores de muy pingües pueblos.

12. *Bajan las diosas Hera y Atenas del Olimpo al frente.*

Cuando vio a estos la diosa de níveos brazos Hera matando Argivos en la fuerte lucha, en seguida habló a Atenas aladas palabras: ¿Cómo? hija de Zeus égida-tiene, impertérrita. ¿No es verdad que en vano hicimos esta promesa a Menelao —que destruiría a Ilión la bien amurallada antes de volver— si así enfurecerse dejamos al homicida Ares? Así dijo: y no le desatendió la diosa de ojos brillantes, Atenas. Ella se fue a aparejar los de frenos-dorados caballos, —Hera— la aubusta diosa hija del grande Cronos: y Hebe a ambos lados del carro ajustó en seguida las redondas ruedas, brocineas, ocho-radiadas, al final del eje de hierro. De oro su pina incorrupta, y por encima de bronce sus llantas, tan ajustadas, maravilla de ver: los cubos de plata son, rodadores por ambos lados: el asiento con correas

de oro y de plata tensado: y dos barandales a lo largo corrían. De él el varal de plata salía: sobre su punta ató el dorado hermoso yugo, del que prendió las colleras hermosas de oro. Y bajo el yugo trajo Hera los caballos de veloces-pies, deseosa de guerra y de gritos. Mas Atenas, hija de Zeus égida-tiene, dejó caer su peplo flexible en el umbral de su padre, bordado, que —cómo no— ella misma había hecho y confeccionado con sus manos: y se puso la túnica de Zeus arremolina-nubes, y se armó con sus armas para la guerra arranca-lágrimas. Y por los hombros se echó la égida tan borleada, terrible, por cuyo círculo todo se entroniza el pánico: en él la Lucha, en él la Fuerza, en él el horrible Ataque, y en él la Gorgona, cabeza del terrible monstruo, horrible y horrendo prodigio de Zeus égida-tiene. Y sobre su cabeza un por ambos lados crestado casco se puso, con cresta de cuatro picos, dorado, apto para un ejército de cien naciones. Al carro de fuego por sus pies subió: y agarró la lanza pesada, grande, potente, con la que tumba filas de hombres, de héroes, cuando con ellos se irrita la de tremendo-padre. Hera con el látigo en seguida arreó —cómo no— los caballos: automáticas las puertas mugieron del cielo, que guardan las Horas, a quienes está confiado el gran cielo y Olimpo, lo mismo para apartar las espesadas nubes que para ponerlas. Por allá —cómo no— por las puertas a los agujados caballos llevaban: y encontraron al hijo de Cronos de los otros dioses aparte sentado, sobre la más alta cumbre del de mil-collados Olimpo. Allí los caballos parando, la diosa de blancos-brazos Hera, a Zeus Supremo el Cronida preguntó y le dijo:

Padre Zeus, ¿no te indignas contra Ares por éstas sus bárbaras acciones? ¿Cuántos y cuáles aqueos no ha perdido indignamente, que no como es debido? Para mí la pena: que ellos bien tranquilos se gozan —Cipris y el del arco de plata Apolo— después de echarnos a este loco, que ley ninguna conoce. Padre Zeus, ¿podrás irritarte conmigo si a Ares —bien escarmentado— le saco de la batalla? Y la contestó diciendo el amontona-nubes Zeus: Anda, lanza contra él a Atenas trae-despojos, que es la que más le ha solido causar penibles dolores.

Así dijo: y no le desobedeció la diosa de blancos-brazos Hera: y azotó los caballos y ellos no sin ganas volaban por entre la

tierra y el cielo estrellado. Cuanto horizonte divisa con sus ojos un hombre sentado en un pico, mirando al vinoso mar, tanto saltaron de un brinco los de los dioses supra-relinchantes caballos. Pero cuando ya a Troya llegaron y al par de ríos fluentes, donde sus corrientes mezclan el Símois y el Escamandro, allí los caballos detuvo la diosa blancos-brazos Hera, soltándolos de su carro: y derramó al rededor mucha niebla y les dio de comer ambrosia produciéndola el Símois. Y ellas se fueron a tímidas palomas en su andar parecidas, a los hombres argivos de auxiliar presurosas. Y cuando ya —cómo no— llegaron a donde los más y mejores estaban *junto al poder de Diomedes* doma-caballos apiñados, a leones parecidos devora-crudos o a jabalies salvajes, cuya fuerza no es delicada: allí parándose gritó la diosa de blancos-brazos Hera, a Estentor parecida el magnánimo, el de voz de bronce, que él sólo gritaba como otros cincuenta: Vergüenza, argivos, malas infamias, de cara grandes: mientras al frente acudía el divino Aquiles nunca los troyanos de las puertas Dardanias avanzaban: porque temían su enorme lanza: pero ahora lejos de la ciudad en las cóncavas naves luchan. Así diciendo excitó el valor y el ánimo de cada guerrero.

13. *Diomedes auxiliado por Atenas hiere a Ares.*

Por el Tidida se fue la diosa brillantes-ojos Atenas: y encontróle, sí, al rey junto a los caballos y el carro, refrescando la herida que le había hecho Pándaro. Porque el sudor le molestaba bajo la ancha correa del escudo rotundo: por esto estaba molesto y tenía cansada la mano: y levantando la correa se limpiaba la negruzca sangre. Tocó la diosa el yugo de los caballos y dijo: verdaderamente que Tideo tuvo un hijo poco parecido a sí. Tideo, cierto, pequeño era de cuerpo, pero todo un guerrero. Sí, aun cuando yo no le dejaba luchar, ni manifestarse —cuando vino sin más aqueos de embajador a Tebas, entre tantos Cadmeos, yo le pedí que celebrase los banquetes tranquilo en sus moradas— pero él, siguiendo con aquel su ánimo brioso, como siempre, desafiaba a los jóvenes Cadmeos y los vencía en todo: fácilmente: tal auxiliadora tenía en mí. En cambio tú...

estoy yo a tu lado y te defiende y te mando luchar decidido con los troyanos... Y sin embargo... O la fatiga de tus mil asaltos está metida en tus miembros seguramente, o se ha apoderado de ti el miedo que descorazona: no serás tú en adelante el retoño de Tideo, el hijo belicoso de Eneo». Y la contestó así el fuerte Diomedes: Te conozco, diosa, hija de Zeus égida-tiene: por eso te diré complaciente una cosa y no te la ocultaré. Ni miedo que descorazona ni desgana ninguna tiene mi alma: es que todavía me acuerdo de tus encomiendas, que me encargaste. *No me dejabas hacer frente en la lucha a los otros dioses: sólo a Afrodita la hija de Zeus, si venía a la guerra, a esa, si, podía hierla con el agudo bronce.* Por eso me repliego yo ahora y mandé que los otros argivos se concentrasen aquí todos, porque *distingo a Ares* imperando por la batalla. Y entonces le contestó la diosa ojos-brillantes Atenas: *Tidida* Diomedes, gratisimo a mi corazón: Lo que es tú *no temas a Ares* por eso ni a ningún otro inmortal. Tal auxiliadora te soy. Pero ea, contra Ares lanza el primero tus caballos pezuñas-unidas: hiérele de cerca, no respetes al trómbido Ares, a ese alocado, la misma maldición en persona, al so-inconstante: que hace poco me aseguró a mí y a Hera en la conversación que había de luchar contra los troyanos y había de auxiliar a los argivos: y ahora se va con los troyanos y se ha olvidado de éstos.

Así diciendo, a Esténelo le echó del carro a tierra, empujándole hacia atrás con la mano: y él —cómo no— al instante saltó. Ella al carro subió junto a Diomedes divino, presurosa, la diosa: grandemente crujió el eje de haya con su peso: pues llevaba una diosa terrible y un hombre sin par. Cogió el látigo y riendas Palas Atenas: y al punto guió contra Ares primero los caballos de unidas pezuñas. Estaba él despojando al Perifante el enorme, el mejor con mucho de los Etolos, hijo preclaro de Oquesio: a éste le despojaba Ares mancha de sangre: Atenea se puso el yelmo de Hades para que no la viese Ares potente. En cuanto vio el mata-hombres Ares a Diomedes divino, en seguida a Perifante el enorme le dejó allí tendido, donde primero dándole muerte le quitara la vida, y él se fue —cómo no— derecho a Diomedes doma-caballos. Cuando ya cerca se hallaban en su asalto mutuo, primero Ares le disparó

por encima del yugo y las riendas de los caballos la lanza de bronce, anhelando quitarle la vida: mas Atenas con la mano cogiéndola, la diosa brillantes-ojos, la echó para abajo por fuera del carro para que perdida zumbase. El segundo a su vez disparó, el buen gritador Diomedes, con lanza de bronce: apretóla Palas Atenas por el bajo vientre, donde le ceñía el cinto: por allí —cómo no— le alcanzó la herida desgarrando su cutis hermoso: y le arrancó la lanza de nuevo. El bramó, el broncineo Ares, como gritan nueve mil o diez mil combatientes en plena batalla al trabar los combates de Ares. A todos —cómo no— los cogió el temblor por debajo —a troyanos y aqueos— espantados: que tal bramó Ares el de guerra insaciable. Cual por las nubes se ve negrear el aire cuando después del calor se levanta tormentoso el viento, así le parecía a Diomedes Tidida el broncineo Ares, cuando por las nubes se volvía para el ancho cielo. Pronto llegó a la sede de los dioses, al escarpado Olimpo: se sentó junto a Zeus Cronida con pena en el alma, le enseñó su mortal sangre, corriéndole de la herida, y —cómo no— lamentándose le dijo estas aladas palabras:

14. *Quejas y curación de Ares en el Olimpo.*

Padre Zeus, ¿no te irritas viendo estas bárbaras obras? Siempre estamos cruelmente sufriendo los dioses atacándonos unos a otros por dar gusto a los hombres: todos estamos indignados contigo: porque tú diste el ser a esa hija tan loca, funesta, que siempre está pensando en obras inicuas: porque todos los otros, cuantos dioses hay en el Olimpo, te obedecen a ti y te estamos todos sujetos: pero a esa no la reprendes ni de palabra ni de obra, sino que la incitas, después de haber dado tú mismo el ser a esa peste de hija, que ahora ha excitado al hijo de Tideo, al insolente Diomedes, a atacar locamente a los inmortales dioses. Primero hirió de cerca a Ciprís en la mano por la muñeca: y después contra mi mismo se lanzó, a un dios parecido: gracias que me sacaron los veloces pies: de lo contrario tiempo ha que estuviera sufriendo allí pesares entre espantosos montones de cadáveres, o hubiera quedado de por vida sin fuerzas por los golpes del bronce. Entonces —cómo no— torvamente

mirando le dijo el amontona-nubes Zeus: No te me sientes ahí, veleta, lloriqueando: me eres el más odioso de cuantos dioses habitan el Olimpo. Siempre te han de gustar las riñas, guerras, y peleas: Tienes el genio de tu madre, inaguantable, incapaz de ceder, de Hera: a esa a duras penas la sujeto yo con palabras. Por eso creo que tú sufres lo que sufres por sus instigaciones. Pero no aguantaré que estés tú sufriendo más esos dolores, porque mío eres hijo, y para mí te dio a luz tu madre. Que si —lo que es— de algún otro dios hubieses nacido tan pernicioso, cierto, tiempo ha que estarías más abajo que los hijos de Uranio». Así dijo, y mandó a Peón le curara. Aplicóle Peón sus drogas mata-dolores y le curó: porque no había, no, nacido mortal. Como cuando el jugo de higo acelera el cuajar de la blanca leche, la antes líquida, y con toda velocidad la agita el que la mezcla: así —cómo no— de pronto curó al trómbido Ares. Y Hebe le lavó y le puso elegantes vestidos: y junto a Zeus Cronida sentóse ufano de su gloria. Y ellas de nuevo a casa de Zeus el grande volvieron, Hera la Argiva y Atenas la Alalcomenia, habiendo contenido al mata-hombres Ares en su matanza de guerreros».

15. *Análisis global de todo el segundo Avance.*

Analicemos ahora toda esta segunda parte que forma una gran acción de envergadura. Es la primera de este tipo que encontramos en la Iliada. La primera parte de esta rapsodia la hemos podido ir analizando por escenas, porque está compuesta en forma ascensional. Esta segunda tiene primero que analizarse en su conjunto por estar compuesta de dos vertientes en íntimo contraste. Primero un plazo descendente en que el héroe de la principalía se repliega a la vista de Ares, dios de la guerra. Segundo, otro plano ascendente en que el héroe de la principalía —Diomedes— ataca y vence al dios de la guerra auxiliado por Atenas.

Ya hemos visto cómo está compuesta la primera parte. Primero Diomedes aparece deslumbrador y mata a dos guerreros. Atenas saca a Ares de la batalla... Los dánaos hacen retroceder a los troyanos. Seis jefes aqueos matan a otros tantos troyanos...

Segundo. Diomedes arrollador es herido por Pándaro. Invoca a Atenas y ésta le triplica el valor con el encargo de que no luche contra los dioses si no es con Afrodita. Mata cuatro binas... Tercero. Diomedes se encuentra con Eneas. Amplia escena que empieza por un coloquio entre Eneas y Pándaro sobre la especialidad arquera de éste y el valor del «casi-dios» Diomedes, sigue por otro coloquio entre Diomedes y su escudero sobre la importancia de la bina contraria —Pándaro, hijo de Licaón y Eneas, hijo de Afrodita— y sobre los caballos de Eneas, y termina con el encuentro entre las dos binas que tiene como consecuencia la muerte de Pándaro y la herida de Eneas... Afrodita le recoge como madre, y Capaneo le arrebató los caballos. Cuarto. Diomedes ataca a Afrodita, que suelta a Eneas. Apolo se lo lleva y esconde. Afrodita herida pide a Ares los caballos y sube quejándose al cielo. Síguese una escena humorista en el Olimpo donde se habla del gran Diomedes: «Ya no luchan entre si troyanos y aqueos, sino que los dánaos ya luchan con los inmortales. No sabe Diomedes que quien lucha con los dioses no oirá más a sus hijitos llamarle papá»...

Si en la primera parte Diomedes hiere a Afrodita, en la segunda herirá a Ares. Es, pues, la segunda un crescendo de la primera. Pero de la herida de la diosa débil no pasa de repente a la herida del dios de la guerra. Pone un puente ascensional entre los dos con el conato de ataque de Diomedes al dios Apolo cuando llevaba a Eneas para esconderlo. Pero pasado este puente, ¿cómo está compuesta la herida del dios de la guerra? A base de un contraste, como antes dijimos, formado por dos vertientes opuestas: Primera el plano descendente de Diomedes: «Ares, Ares, ¿no sacarás de la batalla a Diomedes, capaz de luchar con Zeus? —dice Apolo a Ares—. Acaba de herir a Afrodita, y ahora se ha lanzado contra mí mismo»... Ares se pone a rehacer el frente troyano, secundado por Sarpedón que zahiere a Héctor hasta lograr que reorganice sus tropas, mientras Apolo reintegra a Eneas al combate. Por otra parte los aqueos se sostienen firmes, animados por los Ayantes, Ulises y Diomedes. Sigue una lucha alternante entre los dos frentes concretada a varios jefes:

Agamenón mata a un troyano y Eneas a dos aqueos.

Menelao y Antíloco a 2 troyanos...

Viene Héctor con Ares y Diomedes se repliega.

Héctor mata 2 aqueos y Telamonio 1 troyano

Tlepólemo y Sarpedón se hieren mutuamente.

«Los aqueos ante Ares y Héctor ni se escapaban a las naves ni se lanzaban al ataque, sino que siempre se iban replegando hacia atrás, cuando oyeron que Ares estaba con los troyanos».

Tras este plano descendencial de Diomedes y de los aqueos viene el plano ascensional, fantásticamente preparado por la bajada de Hera y Atenas en su carro de guerra. «¿Te irritarás —le dicen a Zeus— si sacamos a Ares bien escarmentado de la batalla?». Hera con voz de cincuenta anima a los aqueos, Atenas levanta a Diomedes la prohibición de luchar con los dioses y le incita a luchar contra Ares en su compañía. Diomedes hiere al dios de la guerra, que ruga como diez mil combatientes, y sigue otra escena en el Olimpo parecida a la de Afrodita, donde Ares se queja a Zeus de Atenas que ha lanzado a Diomedes contra los mismos inmortales. Antes hirió a Afrodita y ahora se ha lanzado contra mí mismo. Con esto las diosas sacaron a Ares mata-hombres de la matanza humana.

Veamos ahora en particular cada una de las dos escenas que integran toda esta segunda parte.

Cuadro descendente.

1) *Diomedes y Apolo.* Diomedes ataca a Eneas aun sabiendo que le lleva entre sus manos Apolo. No se detenía el héroe por respeto al gran dios. Tres asaltos dio; y al cuarto le dijo Apolo: «Retírate y no quieras pelearte con los dioses: que hombres y dioses no son de la misma raza». Diomedes se retira y Apolo deja a Eneas en Pérgamo. Va a Ares y le dice: «¿No sacarás al Tidida del frente? Antes hirió a Cipris y ahora me atacó a mí»... El se sienta en Pérgamo y Ares entra en acción...

¿Qué finalidad tiene esta escena? Ya lo hemos dicho. Tender un puente entre la herida de Afrodita y la de Ares, preparando el crescendo: Hiere a una diosa, ataca indirectamente a un

dios, hiere a otro dios. Preparar también o motivar la entrada de Ares en acción. Para quitar de enfrente a Diomedes, hay que acudir nada menos que al dios de la guerra. Y el que acude es otro dios...

2) *Reorganización del frente troyano.* La llevan a cabo Ares y Héctor. Ares incitado por Apolo, arenga a los troyanos hijos de Príamo: «¿Vais a dejar que perezca todo el pueblo a manos de los aqueos? Yace Eneas, el alter Héctor»... A Héctor le increpa Sarpedón. Es un timbre de la lucha del héroe licio, que luego vendrá. Es su presentación: «Decías que sin tus ejércitos y tus aliados conservarías la ciudad, sólo con tus parientes y tus hermanos. Pues no veo a ninguno de ellos por ningún lado, muertos de miedo como perros ante un león. Y en cambio luchamos nosotros que somos aliados. Aquí estoy yo, de la lejana Licia, donde tengo todo cuanto amo —mujer, hijo, riquezas— y sin embargo aliento a mis tropas. Tú en cambio parado... No sea que quedéis como cogidos en una red que todo lo arrastra... Héctor, ante esta reconvención tan propia de un aliado, salta del carro blandiendo sus lanzas y rehace el frente troyano, enfrentándose con los aqueos. Estos no cedían. Como el viento lleva las pajas por las eras al bieldar de la gente, cuando la rubia Demetria separa, al soplar de los vientos, el grano y las pajas: y se van blanqueando las parvas: así entonces los aqueos se iban poniendo blancos con el polvo que entre ellos levantaban hasta el bronceo cielo los pies de los caballos al renovarse la lucha: haciéndolos girar los aurigas: y ellos presentaban el furor de sus manos». Tras esta bella comparación que recoge una instantánea de la pacífica vida de las eras para reproducir por contraste la impresión del trajín inicial de la batalla, el poeta la suelda de nuevo con Ares, el protagonista troyano de esta fase: «Ares envolvió en oscuridad la batalla, secundando el encargo de Apolo, que le había pedido ayudara a los troyanos, después que vio marcharse a Atenas: porque ésta era la que ayudaba a los aqueos».

Con Héctor se presentó también en el frente Eneas. El mismo Apolo le envió de su templo de Pérgamo, sano y valiente. Sus compañeros se alegraron de verle, pero no le preguntaron nada,

porque no se lo permitía el trabajo que les habían suscitado Apolo y Ares mata-hombres, y la Discordia que no dice basta». Ares al comienzo y Ares al fin —varias veces repetido— de esta escena del rehacimiento del frente troyano. Frente a los troyanos rehechos, aparecen los griegos tenaces. Ya los pintó antes a la mitad con la comparación de las eras y vuelve a pintarlos ahora al fin para dejar bien integrado el frente antes de empezar la lucha: «A los dánaos los animaban los dos Ayantes, Ulises y Diomedes. Y ellos se clavaron, como nubes en los picos más altos, cuando duermen los vientos...».

3) *Lucha*. Una vez rehecho el frente empieza la lucha. Tiene dos partes separadas por la aparición de Ares y la retirada de Diomedes. Antes dispara Agamenón, responde Eneas y contrarresponden Menelao y Antíloco. Después dispara Héctor y responde Ayante Telamonio. Toda esta lucha está evidentemente tratada para dar cuerpo al nuevo avance de la principalía que está en la aparición de Ares en la retirada de Diomedes.

Agamenón arenga: «Soldados, tened pundonor. Los pundonorosos más se salvan que mueren. En cambio los cobardes... ni honra ni vida... Y lanzó la lanza, que fue a dar contra un amigo de Eneas, veloz para luchar entre los delanteros. Le hirió en el bajo vientre y cayó... Eneas cogió a dos hermanos mellizos, hijos de un padre rico, de abolengo de Alfeo. Llegados a mozos fueron los dos en los negros navíos a Troya. Mas cubriólos el telón de la muerte. Como dos leones criados por su madre en las malezas de la montaña arrebatában los bueyes y ovejas devastando los pobres establos, hasta que murieron a manos de hombres, así cayeron ellos a manos de Eneas, parecidos a esbeltos abetos». Esta segunda lanzada de Eneas está más desarrollada que la anterior de Agamenón, poetizada por el abolengo de los dos mellizos y los dos símiles de los leones y los abetos. La tercera y final de esta primera serie está todavía más trabajada. Es la formada por la bina Menelao y Antíloco. Tiene dos fases: primero Menelao sale a vengar a los dos mellizos «impulsado por Ares, que quería hacerle caer a manos de Eneas». Pero Antíloco sale en su apoyo. Eneas al ver a los dos juntos tiene que replegarse. La bina recoge a los muertos —¿a los dos o a

los tres?— y se vuelve a primera línea. *Segunda fase*: Menelao mata a Pilemenes, igual a Ares. Antiloco a Midón, su escudero, cuando volvía los caballos para huir: le dio con una piedra en el codo, y se le cayeron las riendas en tierra, blancas por el marfil. Antiloco «le atraviesa las sienes y cae boqueando del carro, de cabeza en el polvo, pegando contra la coronilla y los hombros. Cuánto tiempo estuvo tieso —porque dio sobre la blanca arena— hasta que le empujaron los caballos y le tiraron a tierra». Es preciosa esta descripción por los detalles de las riendas blancas, de la caída boqueando del carro, por la armonía imitativa del golpe κόμβαχος ἐν κονήσειν ἐπιβρεχμὸν τε καὶ ὄμους y del quedarse tieso δηθὰ, μάλ' ἐστήκει y de la blanda arena τύχε γάρ ρ', ἀμάθοιο βαθείης y finalmente por el detalle de tirarle los caballos en tierra.

Tras estas tres lanzadas primeras —la de Agamenón, la de Eneas, y la de Menelao y Antiloco— entran en escena Ares y Héctor por un lado y Diomedes por otro para hacer avanzar el hilo principal de la Aristeya. Héctor acude gritando: tras él las falanges troyanas. Guiábalas Ares con su enorme lanza: unas veces delante, otras detrás de Héctor. Diomedes al ver al dios se estremeció, como un viajero inexperto que topa con un rápido río que hierve en espuma... y se echa para atrás. Así Diomedes se retiró y dijo a sus tropas: ¿Qué extraño que Héctor sea tan buen lancero? ¿Tienes a Ares a su lado...? Repleguémonos de cara a los troyanos: no luchemos con los dioses. Y los troyanos se le vinieron encima.

Es este encuentro de Diomedes con Ares un crescendo decisivo en la marcha de la principalía. Hasta aquí los aqueos se sostenían firmes, ahora ya empiezan el repliegue... Es el plano inclinado de la humillación aparente de Diomedes. Aparente, porque lo hace por no contravenir el consejo de Atenas que le dijo que no luchase con más inmortales... Dada esta vuelta de tuerca en la marcha de la acción, el poeta completa el cuadro con otras dos lanzadas: una de Héctor que mata a dos aqueos juntos en un carro, y otra de Ayante que mata al hijo de un gran terrateniente, de un rey del trigo. El héroe corre a quitarle las armas, cae sobre él una lluvia de lanzas —agudas, reverberantes—. ¡Cuántas recibía su escudo! Mas él —el pie so-

bre el muerto— le arranca la lanza. Aunque no pudo quitarle las armas. Aquellos disparos y aquella cadena de fuertes troyanos... Temió le envolviesen... Y aunque fuerte y valiente y preclaro, se fue, rechazado. Es curioso cómo Homero varía la intensidad poética de las lanzadas. De las cinco que pone sobresalen las de Eneas, Antiloco y Ayante, mientras las de Agamenón y Héctor son más sencillas. Diríase que reserva los caudillos para más adelante. De los cinco —o mejor dicho seis con Menelao— Eneas mata dos y Héctor mata otros dos, los demás matan solamente a uno, todos aqueos —Agamenón, Menelao, Antiloco, Ayante—. Son, pues, cuatro muertos contra otros cuatro: la mitad aqueos, la mitad troyanos.

«Así se afanaban ellos por la terrible lucha» dice Homero cerrando el cuadro anterior y dando entrada a otro cuadro. Son sus acostumbradas soldaduras.

4) *Sarpedón y Tlepómeno*. Es un encuentro más —último del plano descendente— y por eso tal vez mucho más ampliamente dispuesto y trabajado. Es estéticamente un puente poético para subir a la maravillosa descripción que se avecina de la bajada de las diosas para luchar contra Ares. Sarpedón por otra parte es hijo de Zeus y Tlepómeno nieto. Son, pues, los dos de abolengo olímpico.

Primero empiezan por zaherirse: «Sarpedón —le dice Tlepómeno— ¿qué necesidad tienes de estar aquí temblando? Mienten los que dicen que eres hijo de Zeus... Hijos de Zeus aquellos antiguos, como Hércules, mi padre, que con sólo seis naves y un puñado de hombres destruyó a Troya. Tú en cambio un cobarde que dejas perecer las tropas. «Tlepómeno, —le contesta Sarpedón— cierto que Hércules destruyó a Troya por la locura de Laomedonte que no quiso devolverle los caballos, pero tú vas a encontrar la muerte a mis manos». Dijo: y levantaron los dos a un tiempo las lanzas, que vinieron a cruzarse en el aire: la una se clavó en el cuello de Tlepómeno saliéndole la punta por la otra parte y la otra se clavó en el muslo de Sarpedón, incrustándosele la punta en el hueso. Tlepómeno murió. A Sarpedón todavía le apartó la muerte su padre. Sacáronle los compañeros, arrastrando la lanza clavada: ni se les había ocurrido

sacársela del muslo para que andase. Tan apurados estaban... A Tlepélemo le recogieron también los aqueos. Ulises para vengarle pensó qué sería mejor, si dar muerte a Sarpedón o segar cabezas de licios. Mas no estaba del hado que diera él muerte al hijo de Zeus. Por eso decapitó a siete licios hasta que vino Héctor. «Priámida —le dice esperanzado Sarpedón— no me dejes presa de los dánaos. Defiéndeme y muera luego en la ciudad, que no espero volver a mi patria. Pero Héctor sin decirle nada corrió a matar aqueos. Colocaron a Sarpedón sus compañeros al pie de una haya y le sacó la lanza del muslo su íntimo amigo. Sufrió un desvanecimiento, pero el aire fresco le reanimó. Los argivos ante Ares y Héctor ni se desbandaban hacia las naves ni los atacaban, sino que se iban siempre replegando hacia atrás... ¿Quién fue el primero, quién el último que mataron Héctor y Ares? Seis enumera para contrarrestar la anterior enumeración de los decapitados por Ulises. Son los remaches que indican ya el final del cuadro descensional: la matanza de Héctor y la matanza de Ulises secamente enumerada parece que indican ya la caída del telón de este cuadro, cuya resultante o clave poética está formulada en lo que pudiéramos llamar su punto final: «Los griegos ante Héctor y Ares ni se desbandaban ni arremetían, sino que se iban replegando continuamente... Magnífico cuadro compuesto de tres piezas principales: la rehabilitación del frente, la lucha alternante de cinco lanzadas con el repliegue de Diomedes ante Ares, y la lucha de Tlepólemo y Sarpedón con los remaches y puntos finales. La última pieza de Tlepólemo y Sarpedón está anunciada por la recriminación de Sarpedón a Héctor en la primera pieza. El crescendo en la descripción de la lucha es evidente: del muerto sencillo de Agamenón a la bina gemela de Eneas y a la más complicada actuación de Menealo y Antíloco, para saltar —después de la retirada de Diomedes rematada por la breve actuación de Héctor y Ayante— a la amplia escena de Tlepólemo y Sarpedón. La variedad de situaciones es sorprendente por su interés dramático: los dos mellizos que se embarcan para Troya apenas salido el bozo para morir como dos leoncitos y caer como dos abetos cortados; el cochero que al ver matado a su amo da vuelta a los caballos para escapar y le alcanza una piedra en

el hombro que le tira las riendas al suelo, mientras le hincan la espada en las sienes, cayendo boqueando del carro, cabeza abajo, pegando con la coronilla en el suelo, y quedando plantado en la arena blanda hasta que le tiran los caballos al suelo; Ayante que corre a despojar a su víctima bajo una lluvia de lanzás que rebotan en su ingente escudo, y aunque le pone el pie encima al muerto, no le puede quitar más que su lanza por temer la maniobra envolvente de los muchos y fuertes troyanos; el disparo simultáneo de Sarpedón y Tlepólemo que se encuentran con las lanzas a un mismo tiempo clavadas, llevando los compañeros a Sarpedón con la lanza arrastrando clavada en el muslo hasta que le dejan al pie de una haya y se la arranca el compañero más querido... La inventiva de Homero es inacabable y su interés está en parangón con su técnica.

Cuadro ascendente.

Se abre con una fantástica descripción de la bajada de Hera y Atenas para ayudar a Diomedes y eliminar a Ares. Descripción que nos hace apartar la vista por un momento de la sangre de las batallas y nos lleva a otro ambiente olímpico y casero. Es pues esta escena un descanso estético y un crescendo poético de ambientación sobrehumana, como portada a la gran escena de la herida de Ares, cumbre de la principalía. Porque Homero no pierde nunca el tiempo: siempre va derecho a su fin.

La descripción tiene cuatro anillos: uno la preparación del carro y caballos, otro el armarse de Atenas, otro el encuentro con Zeus, otro la bajada a la tierra.

1.º anillo. Hera ve que los argivos parecen —por eso dejó para el fin los seis segados por Héctor— y dice a Atenas: Ares nos va a dejar falsa la promesa que le hicimos a Menelao de destruir Troya. Pensemos también nosotros en darles auxilio. Ella se pone en seguida a preparar los caballos y Hebe a armar el carro: ajusta las ruedas de bronce, con ocho rayos, a ambas partes del eje de hierro: la pina era de oro incorruptible, y por arriba las llantas de bronce, bien ajustadas. ¡Qué maravilla! Los cubos de plata, bien rodadores, y la silla trenzada con co-

rreas bien tensas de oro y de plata: doble barandal a lo largo del carro. De plata era el varal que del carro salía. Sobre la punta ató el yugo de oro, precioso, y en él colocó las colleras magníficas, de oro: y bajo el yugo puso Hera los caballos pies-rápidos, deseosa de guerra y de gritos. ¿No es verdad que esta descripción encanta? Es una escena casera en medio de la batalla —interés y descanso—. Es una idealización regia de esa escena casera en consonancia con los personajes olímpicos —fantasía de la imaginación despertada, y lo fantástico agrada... ¿En qué está la fantasía? No en las partes del carro que cuenta, sino en la calidad de esas piezas. En siete piezas se fija: las ruedas, el eje, la silla, los barandales, el varal, el yugo, las colleras. Las ruedas eran bien redondas, de bronce, de ocho rayos —que eran las que más rayos tenían—. Y desmenuza sus piezas en pina, llantas y cubos: la pina de oro, incorruptible; las llantas arriba de bronce, tan ajustadas, maravilla de verse; los cubos de plata, bien rodadores a ambos lados. El oro, la plata y el bronce son los metales preciosos. Cinco veces cita el oro, tres la plata, dos el bronce y uno el hierro. El asiento de correas trenzadas de plata y de oro. El barandal doble, el eje de hierro. El varal de plata, el yugo y colleras de oro... Este desmenuzar los componentes de un carro de guerra —todo con sus nombres propios— y todo en acción, pues los caballos están al principio y al fin, para los cuales se prepara el carro... y todo sintetizado en un ambiente de idealización, no hay duda de que es el secreto de este primer maravilloso anillo.

2.º *anillo*. También fantástico, pero de otro tipo: si antes era el carro, ahora son las armas. Atenas deja en el palacio de su padre su blanco peplo, bordado, que ella misma se había hecho con sus propias manos —es la nota suave que prepara el contraste— y poniéndose la loriga de Zeus se armó con sus armas, se echó al hombro la égida borleada, terrible, cuyo rondel es el trono del pánico. En él está la Lucha, en él el Valor, en él el Terrible Ataque: en él la Gorgona, cabeza de terrible monstruo, horrible y horrenda, portento de Zeus égida-tiene. En la cabeza se puso un doblemente crestado casco de cuatro capas, de oro, apto para jefes de cien naciones. Subió

por sus pies al llameante carro: cogió la lanza pesada, grande, fornida, con que tumba filas de héroes, cuando con ellos se irrita la de potente padre»...

Es la impresión de potencia de la diosa guerrera que va a actuar contra el dios de la guerra. ¿Cómo consigue dar esta impresión? Con la descripción de las armas. En cuatro se fija: en la loriga, en el escudo —o la égida— en el casco y en la lanza. De las cuatro, el escudo o la égida es la que más resalta. La loriga es de Zeus, la égida es borleada, terrible, trono del pánico —donde está la Contienda, el Valor, el Tumulto, y la cabeza de Gorgo monstruo terrible y horrenda, prodigio de Zeus el de la égida...—. El casco es de dos crestas y de cuatro capas; de oro, y tal como hecho para un caudillo de cien naciones. La lanza es pesada, grande, potente, con la que tumba filas de héroes cuando se irrita... Esta imponente armazón guerrera en contraste con la ligera blusa bordada y confeccionada por las femeninas manos de la diosa es de una impresión colosal.

3.º *anillo*. La salida del cielo y el encuentro con Júpiter: Hera arrea los caballos. Las puertas del cielo crujen por sí solas —las guardan las Horas encargadas de abrir el vasto cielo quitando o poniendo las nubes—. Por ellas salieron los caballos. Encontraron al Cronida sentado sólo en el pico más alto del Olimpo. Hera detuvo los caballos y le dijo: ¿No te indignas contra Ares por las muchas y buenas tropas aqueas que ha destruido tan locamente? La pena para mí. En cambio Cipris y Apolo qué tranquilos están después de haber echado al campo a este loco, que no entiende de derechos. ¿Llevarás a mal que escarmentemos a Ares y le saquemos de la batalla? Zeus la contesta: Pues, ála, lanza contra él a Atenas la despojadora...

Es otro nudo del hilo principal de la principalía. Ares es el causante del contratiempo griego. El poeta recalca el contratiempo para justificar mejor la ofensiva contra el dios y acentuar más el contraste entre la caída del cuadro anterior y la subida del que se avecina, pero en la realidad no fue tanto... pues los muertos de la lucha singular resultaron cuatro contra cuatro, y las testas segadas por Ulises son una más que la media docena segadas por Ares. Pero no es solamente el número

de muertos, es también y sobre todo la paralización del avance de Diomedes que ha tenido que sustituir por un repliegue su avance arrollador... Ambas cosas recoge aquí la diosa para ponderar la mala acción de Ares basándose en la regla estética de que para muestra basta un botón... Pues los cuatro muertos de la lucha y los seis de la siega final pueden ser una muestra de los «muchos y buenos locamente matados por Ares». De todos modos este remache final de Hera, recogiendo la catástrofe del cuadro anterior, es una preparación magnífica para el contraste del cuadro final.

4.º *anillo*. La bajada a la tierra. Hera azotó a los caballos que volaban y no a disgusto entre la tierra y el cielo estrellado. Cuanto horizonte ve un hombre sentado en un pico, mirando al vinoso ponto, tanto saltaron de un brinco los relinchadores caballos. Al llegar a la confluencia del Simois y el Escamandro, paró los caballos, soltólos del carro, y en niebla abundante envolviéndolos, les dio el Simois para pacer ambrosía. Y ellas se fueron —a timidas palomas en el andar parecidas— deseosas de ayudar a los argivos.

Sigue el tono maravilloso en consonancia con los personajes: el brinco que dan los caballos sorbiéndose el horizonte, la ambrosía que produce el río. Y en contraste con la pasada y futura actuación de las diosas, la comparación de su andar con timidas palomas...

Toda esa maravillosa descripción de tal manera descansa que prepara al mismo tiempo el supremo crescendo final y explica con ambientación estética todo lo que va a suceder... *Qui mīscuit utile dūcti*. Homero siempre junta lo útil con lo agradable.

Escena final

ENCUENTRO DE DIOMEDES Y ARES

Herida y eliminación del dios de la guerra.

Esta escena tiene tres fases: 1.^a la actividad de los dioses; 2.^a la ampliación de poderes; 3.^a la herida de Ares; 4.^a la final del Olimpo.

1.^a *Actividad de los dioses*: Cuando ya llegaron a donde estaban los más y los mejores argivos apiñados alrededor de la potencia de Diomedes como leones traga-crudos o jabalíes cuya fuerza no es nada débil, allí se paró, y gritó la diosa de niveos-brazos Hera parecida a Estentor, gran corazón, garganta de bronce, que grita él sólo como *cincuenta*: ¡Vergüenza, argivos, negras infamias, caras bonitas!, mientras a la guerra venía Aquiles divino nunca los troyanos de las puertas Dardánias pasaban: porque temían su lanza potente. Ahora en cambio lejos de la ciudad están en las cóncavas naves luchando... Así diciendo excitó a cada uno su valor y sus bríos.

Al Tívida fue a buscar por su parte la diosa de ojos-brillantes Atenas. Y encontró a este jefe junto a los caballos y el carro refrescando la herida que le había hecho Pándaro. Porque el sudor le molestaba bajo la ancha correa del escudo redondo: por eso estaba moleestado y se le cansaba la mano: y levantando la correa se limpiaba la sangre negra como la nube...

Sigue la nota fantástica de antes mezclada con lo encantador del detalle concreto. Diomedes, cuya apoteosis se avecina, aparece ya en primera línea poética. Diomedes con su potencia personal y la de sus tropas, comparadas a leones y jabalíes: «Cuando ya llegaron a donde estaban los más y mejores argivos junto a la potencia de Diomedes, leones o jabalíes parecían, cuyo poder no es nada débil»... Tras esta nueva presentación del héroe, viene lo fantástico de la diosa Hera, con su grito estentóreo... Porque gritó como grita Estentor, garganta de bronce, que cuando grita, suena a cincuenta... Nota épica, que encanta por lo que supone... Luego reprende a los aqueos, «caras

bonitas». Cuando Aquiles, no salían de la ciudad los troyanos. Ahora en cambio en las naves... Contraste hiriente que acucia a todos.

Mientras tanto Atenas va en busca de Diomedes, antes anunciado. Y viene la encantadora escena del héroe tan humano. Está refrescando y lavándose la herida, porque el sudor le molestaba por debajo de la ancha correa del escudo y se le cansaba la mano. Se había levantado la correa y se estaba limpiando la sangre negra como una nube. ¿No es verdad que se está viendo la acción? ¿No es verdad que se está como consufriendo con el héroe tan natural y tan humano? ¿No es verdad que esta viveza y riqueza de selección de detalles cautiva al que lo lee? ¿Y no es verdad —por último— que esta como debilidad humilde del héroe agobiado por la herida, es una preparación colosal —por el contraste— para la próxima intervención apoteósica? Así trabaja Homero y así cautiva y urde la trama y construye. Así encanta y cautiva...

2.^a *Ampliación de poderes.* Clímax de la trama de la principalia y del crescendo: Atenas pone la mano en el yugo del carro y dice a Diomedes: Bien poco te pareces a tu padre. Tideo era pequeño pero valiente: y eso aun cuando yo no le dejaba luchar, como cuando fue solo de embajador a Tebas. Yo le dije que comiese con paz en los palacios, pero él, con aquel su ánimo audaz de siempre, desafiaba a los jóvenes cadmeos y a todos los vencia. Naturalmente. Era yo su auxiliadora... A ti también te asisto yo y te mando luchar decidido con los troyanos. Pero o el cansancio por los muchos asaltos te domina o el miedo descorazonador te aprisiona: nadie te va a tener después por el hijo de Tideo...

Diomedes le contesta: Ya te conozco, diosa, por eso te lo diré abiertamente: No es el miedo, no es el cansancio; sino que me acuerdo de tu encargo de no luchar con más dioses. Sólo con Afrodita... Por eso me voy replegando y he concentrado aquí a todos los argivos; porque he reconocido a Ares en el frente. Entonces Atenas: Mi querido Diomedes, no temas tú por eso a Ares ni a ningún otro inmortal: que soy yo tu auxiliadora. Sino lanza contra Ares el primero tus caballos, y no tengas respeto a ese loco, que es la calamidad en persona, chaquetero... Primero me

dijo a mí y a Hera que iba a combatir a los troyanos y auxiliar a los griegos, y ahora se va con los troyanos y se olvida de lo dicho...

Hemos visto la trayectoria en su marcha ascendente. Primero Diomedes luchaba sólo con los hombres. No tenía ojos para ver a los dioses. Una niebla se los oscurecía. Luego Atenas le quita la niebla misteriosa y le da vista para distinguir a los inmortales. Pero con una condición: que no luche con ellos, si no es con Afrodita. Hiere a Afrodita... Ve a Apolo que lleva a Eneas y se lanza a matar a Eneas aunque le llevaba Apolo... El dios le reprende y amenaza y Diomedes retrocede. Ve finalmente a Ares que lucha y el héroe detiene el avance y se repliega hacia atrás con sus tropas por no encontrarse y luchar con el dios de la guerra. Atenas prevé el desastre y levanta al héroe la prohibición de luchar con los demás dioses, por lo menos con Ares, a quien le manda atacar con su ayuda. Es pues este trozo el clímax del crescendo del héroe o la portada de su apoteosis. La manera como está trabajado es también muy hábil. Primero es una fina invectiva contra el héroe, como que ha degenerado del valor de su padre: O estás cansado o tienes miedo... Segundo una modesta sinceración del héroe: Es que no tengo facultad para más... Tercero, una ampliación de poderes por parte de Atenas: a Ares dale el primero... con la coletilla del rencor femenino: «a ese loco, calamidad en persona, chaquetero»...

3.^a *Apoteosis del héroe*: La diosa echa a Esténelo del carro empujándole hacia atrás con la mano: y él ágilmente saltó. La diosa sube al carro junto a Diomedes tan combativa: ¡cómo crugió el eje de haya con el peso! Es que llevaba a una diosa terrible y a un hombre sin par. Cogió el látigo y las riendas Atenas. Y al punto contra Ares el primero lanzó los caballos. Estaba Ares matando al gigante Perifantes, el más bravo étolo... y Atenas se caló el casco de Hades, para que Ares no la conociese... Cuando Ares mata-hombres vio a Diomedes, dejó al gigante y se fue derecho contra él. Le tiró por encima del yugo y las riendas la lanza de bronce, pero Atenas, cogiéndola la tiró para abajo por afuera del carro. Contestó Diomedes con su lanza de bronce, la empujó Atenas hacia el bajo vientre don-

de se ata el cinto y le dio y le rasgó la piel y volvió a sacarle la lanza. Y él rugió —el bronceo Ares— cuanto grita un ejército de nueve mil o diez mil combatientes en pleno frente. Temblaron —cómo no— todos, troyanos y aqueos, espantados: Tanto rugiera Ares de guerra insaciable. Como se ennegrece por las nubes el aire al calor del sur cuando sopla furioso, así aparecía a los ojos de Diomedes el bronceo Ares cuando por las nubes subía al cielo anchuroso...

Bonita y grandiosa descripción al mismo tiempo. El echar la diosa a Esténelo a tierra y subir ella al carro junto a Diomedes, el crujir el eje del carro con el peso —rasgo épico émulo del grito de Hera calibrado en *cincuenta* y del futuro de Ares calibrado en *diez mil*—, rasgo que el poeta épicamente explica diciendo «es que llavaba una diosa terrible y un hombre sin par», clave del desenlace que se avecina —el lanzar lo primero los caballos contra Ares cuando estaba matando y despojando a un gigante —sintonización magnífica con su grandeza—, el calzarse Atenas el casco del Orco para que Ares no la conociese, el disparar Ares en seguida su lanza por encima del yugo y las riendas —índice de su estatura— y el desviarla Atenas hacia afuera del carro, el responder Diomedes con otra lanzada que va a dar al vientre rasgando la piel, y sobre todo, el rugir estentóreo del dios de la guerra que atruena el espacio más que el grito de diez mil combatientes, haciendo temblar a troyanos y aqueos... son rasgos sumamente expresivos, al mismo tiempo que sobrios, de este momento crucial, y el más cumbre de la principalía... El grito de Ares es el crescendo poético del grito de Hera que lo preparaba.

El poeta ya ha conseguido su fin, que es poner una cúpula a la principalía de Diomedes. La ha hecho poéticamente probable con la intervención de Atenas. Ya en la tierra no se puede ni debe dar más, y pasa la acción al Olimpo, para ser allí como un eco del valor del héroe de la principalía y resolverse en un final humorístico que recuerda en su tanto el final de la herida de Afrodita y relaja un poquito los nervios épicamente cansados. Aunque lo maravilloso y fantástico de la acción —esta lucha e intervención de los dioses— no los ha dejado cansarse tanto...

4.ª *En el Olimpo*: Llegó Ares a Zeus, afligido, le enseñó la sangre inmortal que de la herida fluía, y se le quejó diciendo: ¿No te irritas contra esta barbaridad? Tienes una hija loca. Todos los dioses tenemos que obedecerte y a ésta la dejas que haga lo que quiera: Ahora al hijo de Tideo, al soberbio Diomedes, le ha lanzado contra los mismos dioses. Antes hirió a Cipris en la muñeca y ahora se lanzó contra mí mismo. Y si no me sacan mis veloces pies, allí hubiera estado penando entre terribles matanzas o hubiera quedado deshecho, acribillado de heridas. Zeus le contestó: No me vengas aquí con quejas, chaquetero. Tienes el genio de tu madre Hera, pendenciero. Pero no quiero que sufras más, que al cabo eres mi hijo. Si fueras otro, tiempo ha que estuvieras en el más hondo abismo. Y mandó a Peón que le curase. Y le curó con drogas quita-dolores. Como cuando cuaja la leche líquida el jugo de higo —que rápidamente se agita— así de rápido curó Peón al trómbido Ares. Hebe le lavó, le vistió vestiduras graciosas y el dios se sentó junto a Zeus Cronida tan ancho y ufano...

Así, con este zumo de blanda sonrisa, termina esta fantástica principalía de Diomedes, la primera de toda la Iliada.

ENRIQUE BASABE